



*Mi último  
recuerdo*

**CHRISTIAN  
MARTINS**

# **Mi último recuerdo**

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN MAYO 2017**

**RESERVADOS TODOS LOS  
DERECHOS. QUEDA**

**RIGUROSAMENTE PROHIBIDA,  
SIN LA AUTORIZACIÓN  
ESCRITA DE LOS TITULARES  
DEL COPYRIGHT, BAJO LAS  
SANCIONES ESTABLECIDAS**

**POR LAS LEYES, LA  
REPRODUCCIÓN PARCIAL O  
TOTAL DE ESTA OBRA POR  
CUALQUIER MEDIO O  
PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS  
LA REPROGRAFÍA Y EL  
TRATAMIENTO INFORMÁTICO,  
ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN  
DE EJEMPLARES MEDIANTE  
ALQUILER O PRÉSTAMO  
PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2017  
CHRISTIAN MARTINS**



“Nada sucede por casualidad, en el fondo las cosas tienen su plan secreto, aunque nosotros no lo entendamos.”

**Carlos Ruiz Zafón**

# Agradecimientos

Mis historias siempre serán para  
vosotras, familia Martins.

Tengo las mejores lectoras que un  
escritor puede desear.

¡Gracias por todo!

María José, a ti también debo darte  
las gracias por cada detalle  
especial y por ser una persona tan  
única.





# Capítulo 1

Sarah se recostó sobre el asiento mientras observaba la blanca pared que tenía delante. Llevaba tiempo preguntándose a sí misma si de verdad tenía algún sentido continuar con aquellas citas, aunque... ¿por qué dejarlas? Incluso sabiendo que no servían

para nada. ¿Qué más daba?

—¿Me dijiste que querías escribir tus propias historias, verdad? ¿No escribías un diario?

La voz del doctor Clarkson era neutra, calmada, pacífica. Tenía el extraño poder de hacerte sentir bien en cada momento.

— Bueno, eso fue hace mucho tiempo, antes de casarme — le contó, sin desviar la mirada del punto fijo de la pared en el que la había clavado.

— Deberías retomarlo, creo que te ayudaría a recuperar... — se tomó unos segundos para meditar — , las

ganas.

Ella negó con convicción.

— No creo que la soledad desaparezca por escribir un diario, Clarkson — puntualizó de mala gana.

El reloj digital de la muñeca del hombre liberó dos intensos y breves pitidos para indicar que la sesión había alcanzado su fin. Ambos se levantaron de sus sillones y se colocaron la ropa antes de dirigirse a la puerta de salida.

— ¿Por qué no le dices a Robert que venga a la próxima

sesión? — preguntó, antes de dejarla marchar — . Estoy convencido de que será muy beneficioso para ambos.

Sarah rió.

— ¿Terapia en pareja? — inquirió, carcajeándose — . Lo intentaré, pero dudo que se comprometa con algo semejante.

Sarah estiró del picaporte para abandonar la sala y Clarkson colocó una mano, insegura, sobre su brazo.

— Sarah, estás aquí para que las cosas mejoren — murmuró en voz baja.

La puerta ya estaba abierta y las tres personas que aguardaban su turno en la pequeña sala de estar habían dirigido su atención a ellos.

— Intenta ser más comprensiva y más paciente — añadió —, si esperas un cambio, tú también debes cambiar.

Ella no respondió.

En cuanto liberó el brazo del contacto con su piel, echó a caminar con apremio. Cruzó la sala de estar y se dirigió a las escaleras mientras el sonido de la lluvia golpeando el techo resonaba con fuerza sobre su cabeza.

Escogió las escaleras y desechó la idea del ascensor; seguramente, el taxi ya estaría abajo esperándola para el trayecto de vuelta, lo que conllevaría más de cuarenta minutos para estar sentada e inmóvil.

Nada más alcanzar el vestíbulo, corroboró que el aguacero del exterior estaba siendo intenso. Una muchedumbre de transeúntes en busca de cobijo se había aglomerado bajo el portal del edificio impidiéndola confirmar la llegada de su taxi, así que cruzó la puerta y, con el fino sombrero de

lana como única defensa de la lluvia y la cabeza gacha, corrió hasta el taxi que esperaba al otro lado de la carretera. De improvisto, giró la cabeza y sus ojos chocaron con los faros de una motocicleta que se aproximaba hasta ella a gran velocidad. Sarah notó cómo el corazón se le paralizaba en aquel instante y cómo sus piernas, presas del miedo, se detenían y se resistían a cumplir una simple orden: ¡corred!

El sonido del impacto llegó antes que el del claxon de la motocicleta que, al chocar contra el suelo, se

había accionado y solapaba cualquier otro ruido que se produjese en la calzada. La muchedumbre que hasta entonces se había mantenido cobijada, abandonó el resguardo del edificio y se aglomeró alrededor de la cuneta.

— ¡Llamad a una ambulancia!  
— gritó una mujer con la voz timbrada de espanto.

Otra joven gritó, asustada, cuando el anciano que se había agachado junto al motorista para tomarle el pulso negó con un leve movimiento de cabeza.



Sarah continuaba tumbada en el suelo, junto al hombre que había tirado de su cuerpo inmóvil para apartarla y que le había salvado la vida. Otro grupo de ciudadanos también se había detenido para rodearlos y acribillarlos a preguntas.

— ¿Se encuentran bien?

— ¿Está usted bien?

El hombre se levantó y les pidió, amablemente, que ayudasen al motorista que había derrapado en la calzada al verles cruzar. “Seguramente necesitará más ayuda que nosotros”, añadió.

Se levantó del suelo, conmocionada, y observó a su salvador.

A pesar de encontrarse mojado y embarrado por la caída, el traje y el peinado delataban que era un hombre de bien. Seguramente, trabajaba en alguna de las grandes empresas que tenían oficina por aquella parte de la ciudad.

— ¿Cómo se encuentra? — le preguntó él, mientras Sarah fijaba la atención en el motociclista caído.

¿Estaría bien?

— Estoy bien — respondió, distraída — , gracias.

Caminó un paso al frente hasta quedar a pocos centímetros de ella.

Sarah desvió la mirada hacia él. Era un hombre de cuarenta o cuarenta y pocos años de edad. Traje de Armani, barba cuidada perfilada de unos días, castaño claro, ojos verdes. Seguramente hubiese sido el niño más rubio de su promoción. A pesar de la época del año en la que se encontraban, lucía un ligero bronceado, lo que evidenciaba que habría viajado al extranjero en las últimas semanas.

— Me llamo Mathew — suspiró, mientras caminaba junto a la chica.

Se dirigían hacia el motociclista caído.

— Yo soy Sarah — murmuró.

Estaba hundida desde los pies hasta la cabeza y tenía el frío metido en los huesos. Estaba tiritando, había perdido el gorro de lana y le dolía la rodilla derecha al caminar. Se acercaron hasta la aglomeración del gentío y se mantuvieron a varios metros de distancia del hombre que yacía en la cuneta. Desde la lejanía, era imposible adivinar qué estaba ocurriendo; pero Sarah pensó que tener demasiadas cabezas a su alrededor no debía ser bueno para

él.

— ¡Respira! — gritó otro hombre, en el mismo instante en el que las sirenas de la ambulancia aparecían en la lejanía.

Cuando se llevaron en la camilla al muchacho, estaba despierto. Sarah lo agradeció, pues aquella imagen del joven en un estado aparentemente normal disminuyó la dosis de culpabilidad que recorría su mente por haberse interpuesto en su trayectoria.

— ¿Quiere que la acerque a alguna parte? — preguntó Mathew, que no se había separado de ella ni un solo

segundo.

— No, la verdad es que no  
— musitó, contrariada —, cogeré  
un taxi y regresaré a casa.

— Puedo llevarla yo, si quiere  
— insistió —, mi coche está en el  
parking subterráneo del edificio  
y...

— No, gracias. Mejor cogeré un  
taxi.

Se marchó sin volver la mirada, sin  
permitirle replicar.

Puede que tan solo se tratase de un  
buen ciudadano dispuesto a ayudar  
y rescatar a una damisela en apuros,

pero ella se valía muy bien por sí misma. Además, estaba Robert. Daba igual lo mal que estuviese su relación, ¿a caso justificaba que se subiese en el coche de un hombre desconocido? Desde luego que no. No lo justificaba.

Mientras observaba a través de la película de lluvia que se formaba en el cristal del taxi, Sarah se preguntó si, llegado el momento, su marido hubiese actuado con la misma deferencia que ella siempre le mostraba a él.

## Capítulo 2

Tras una larga y reparadora ducha, se había quedado dormida sobre el sofá con el albornoz puesto y el pelo mojado calando el cojín.

Cuando se despertó, el reloj que había encima de la chimenea marcaba las cuatro de la tarde y Sarah pensó que era la hora idónea para comenzar a prepararse.



Aquella noche cenarían con sus padres y sus hermanos, así que rezó porque Robert no olvidase la cita y regresase a casa con el tiempo suficiente para cambiarse y asearse antes de marchar a la ciudad.

Observó las prendas de su armario y se declinó por un vestido granate que no era lo suficiente elegante para una cena formal, pero tampoco informal como para no estar presentable. Pensó que era lo correcto para la ocasión, y lo acompañó de unos pendientes de perla negra y un collar a juego con los que suplementar la carencia de

elegancia.

Se maquilló como siempre, de manera superficial y natural. Sarah estaba a punto de cumplir los cuarenta años de edad pero, aún así, conservaba una belleza natural que siempre había poseído. Era morena, con el pelo ondulado y los ojos azul claros, prácticamente celestes. Aquel detalle había sido el único que la había diferenciado de su hermana gemela en la juventud. Anna tenía los ojos oscuros, azules pero muy oscuros y si no hubiese sido por aquella pequeña particularidad, ni siquiera

sus padres habrían tenido la capacidad de distinguirlas.

Con los años, los rasgos que compartían habían disminuido de manera paralela al aumento de diferencias. Anna hacía seis años que había sido mamá, y las largas noches en vela comenzaban a evidenciar unas profundas y marcadas ojeras que cada día parecían más difíciles de disimular. Tampoco había tenido una vida fácil, y la falta de estudios la había llevado a realizar trabajos duros con horarios a deshoras que con el paso del tiempo marcaban la

calidad de vida que una llevaba. Las arrugas parecían profundizarse con el paso de los días. A pesar de todo, su hermana jamás perdía la sonrisa ni las ganas de continuar.

Su hermano mayor, Alex, era castaño. Castaño de ojos, castaño de pelo, incluso de piel castaña. No tenía ningún rasgo físico característico con el que poder describirle y diferenciarle del resto de los habitantes del planeta tierra. Pero era guapo, atento y muy inteligente. Ninguna mujer parecía resistirse a sus encantos y él sabía aprovecharse de ello a la

perfección.

Aquella noche se juntarían todos para celebrar el aniversario de novios de sus padres y, si debía ser sincera, no tenía demasiadas ganas de acudir a la cita. Su relación con Robert, desde hacía muchos meses, no hacía otra cosa que empeorar y las cenas familiares significaban un compromiso y un mal trago en el que debían disimular para no preocupar al resto. Por descontado, Anna era la única que conocía la verdad y con la que podía desahogarse.

Terminó de prepararse y bajó al

piso de abajo. Eran las cinco y media de la tarde. ¿Dónde se había metido Robert? Hacía tiempo que debía haber llegado a casa.

Se sentó en el sofá, con las piernas cruzadas y la espalda recta, negándose a adquirir una postura más cómoda para no tirar al traste el tiempo dedicado a embellecer su apariencia.

Pensó si debía llamarle o si era mejor dejarlo estar y esperar y se decidió por la segunda opción. Habían entrado en un peligroso juego en el que quien más cosas tuviese para echar en cara al otro, ganaba. Decidió guardarse el as

bajo la manga para la siguiente discusión.

Se levantó, inquieta. Estaba segura de que serían los últimos en llegar a casa de sus padres y de que Robert lo estaba haciendo queriendo. ¿Cómo podía haberse olvidado? Lo habían hablado por la mañana, antes de que él se marchase a trabajar.

Se sentó en el escritorio de la pequeña biblioteca que tenían en el salón (un capricho al que no se había podido resistir cuando compraron aquella casa) y sacó una de las libretas vacías que tiempo

atrás había utilizado para redactar los borradores de las reseñas literarias que vendía al periódico. Hacía mucho que no trabajaba, que la depresión y la ansiedad no le permitían hacer mucho con su vida. Sujetó el bolígrafo entre los dedos mientras pensaba en las palabras del doctor Clarkson y se decidía a escribir... Pero, ¿qué iba escribir?

24/11/2016

¿Me está engañando con otra mujer? ¿Dónde está?



Negó con la cabeza. No, no podía ser.

24/11/2016

~~¿Me está engañando con otra mujer? ¿Dónde está?~~

No sé qué ocurre entre nosotros, pero ninguno de los dos es feliz.

Ninguno de los dos es feliz desde hace mucho tiempo, ninguno de los dos tiene ganas de dirigirle una buena palabra al otro. Ninguno nos queremos cerca.

~~Creo que Robert no me quiere.~~

Robert ya no me quiere como

antes.

¿A dónde va cuando sale de trabajar?

Escuchó el golpe seco y ensordecedor de la puerta de roble cerrándose de un portazo en la entrada. Con un gesto involuntario, como si fuese una ladrona pillada en pleno acto delictivo, guardó la libreta bajo el escritorio y se levantó de un salto.

Robert apareció en el salón con el pelo moderadamente mojado y la americana salpicada de gotas de lluvia.

— ¿Supongo que no me da tiempo a cambiarme de ropa, verdad?

— preguntó, sin molestarse en saludar.

Sarah revisó el reloj de la chimenea. Las seis de la tarde estaban próximas.

— Ya deberíamos estar cenando — gruñó malhumorada, mientras pasaba por su lado en busca del abrigo.

Él caminó tras ella sin replicar.

En el coche, ninguno de los dos se molestó en mediar palabra. Además, desde hacía varios meses si se dirigían la palabra no era para

decirse nada bueno y, aunque así lo fuese, la costumbre les había llevado a responder con un desdén involuntario.

Sarah contempló las gotas de llovizna recorriendo el cristal, en silencio, mientras se preguntaba a dónde narices estaba yendo su marido cuando salía del trabajo. No, no podía plantearse ni por un segundo el hecho de que se estuviese viendo con otra mujer..., no importaba lo mal que estuviesen entre ellos, se lo habían prometido. Habían prometido no dañarse de aquella manera, no destruirse.

¿Acaso estaba equivocada? ¿Era Robert capaz de engañarla?

Suspiró hondo creando un círculo de vaho en el cristal y captando la atención de Robert que, sin distraer el interés de la carretera, la examinó de reojo.

— ¿Estás bien? — preguntó dubitativo.

— ¿Tú qué crees? — respondió Sarah.

Y ahí estaba de nuevo. El desdén involuntario. No se aguantaban, no podían siquiera mantener una conversación pero... ¿Se querían? Cinco minutos a solas en una misma

habitación podían llegar a convertirse en una verdadera tortura para los dos.

Tardaron más de veinte minutos en aparcar en el centro de la ciudad y, como bien había predicho, fueron los últimos en aparecer en la casa de sus padres.

Entraron y saludaron a todos los presentes con un fingido ánimo que era evidente que ninguno de los dos poseía.

Su madre, como siempre, estaba en la cocina: ultimando los preparativos de la cena. Anna estaba en el suelo de la sala,

jugando a trenecitos con la pequeña Margot que cada día parecía crecer más rápido. Su padre simulaba leer una revista de pesca en el salón, seguramente para no tener que involucrarse en ninguna tarea o para evitar mantener conversaciones innecesarias. Todos sabían que era un hombre de pocas palabras. Y Alex..., bueno, su hermano estaba sentado en el sofá con una chica nueva. Otra chica nueva. Otro ligue.

La presentaron como Lucy y Sarah se sorprendió de la escasa inteligencia que dominaba a la chiquilla. Desde luego, su hermano

se las apañaba para batir sus propios récords.

— ¡Tío Robert! — exclamó la pequeña, mientras saltaba a sus brazos.

Él giró sobre su propio eje mientras la niña reía, divertida.

Anna y Sarah los observaron desde la alfombra, rodeadas de juguetes y sentadas la una junto a la otra.

— ¿Estáis mejor? — susurró su hermana, para que nadie más pudiese escuchar la conversación.

Sarah negó.

— Creo que peor — puntualizó,



mientras resoplaba y agachaba el rostro para evitar llamar la atención de su padre con aquellos gestos.

Anna estrechó la mano de su hermana entre las suyas.

— No tienes porque aguantar vivir así — murmuró — ¿no crees que va siendo hora de planteárselo?

— ¿Plantearse, qué?

Sabía perfectamente a qué se refería, pero hacerse la tonta siempre resultaba más sencillo.

— El divorcio.

Sarah negó.

— Será la última opción.

Margot, que se había cansado de hacer “el supermán” con el tío Robert, corrió hasta ella y se colgó de su cuello.

— ¿Jugamos a los trenes, tita Sarah?

Ella asintió.

A las siete de la tarde Sarah, su hermana y su madre prepararon la mesa del comedor para la cena. Como era habitual, su madre había preparado comida para alimentar a todo un regimiento y las bandejas no entraban en la mesa. Sarah se percató, mientras colocaba los cubiertos en su lugar

correspondiente, de las buenas migas que su marido y el nuevo ligue de su hermano habían hecho. Mientras Alex dibujaba con la pequeña Margot, los otros dos mantenían una animada conversación sentados en el sofá. Sintió una punzada de celos cuando escuchó la sonora carcajada de Robert desde la lejanía. Se estaba divirtiendo y estaba disfrutando como hacía muchísimo tiempo que no lo hacía con ella.

— ¿Nos sentamos a comer, querida? — le preguntó su madre, mientras se quitaba el delantal y la

observaba con preocupación.

Sarah asintió, distraída, sin poder retirar la mirada de su marido y Lucy. ¿De qué estaban hablando?

— ¿Va todo bien? — insistió su madre.

Sarah asintió, una vez más, de manera automática.

Se sentaron en la mesa y, tras las oraciones previas, comenzaron a cenar.

La pequeña Margot, que parecía feliz y contenta de estar rodeada de la familia, se había sentado a comer entre Robert y ella.

— ¿Qué tal va la pequeña en el jardín de infancia, Anna?

— preguntó Robert, mientras cortaba la carne en cachitos pequeños para que la niña los pudiese masticar.

— Pues la señorita dice que es la alumna que mejor se porta de la clase — dijo, feliz.

Cada sacrificio que realizaba por ella como madre soltera, tenía su enorme recompensa.

— ¡Y soy la que mejor dibuja!  
— puntualizó Margot, orgullosa de sí misma.

— Sí, y eres la que mejor dibuja y

colorea — añadió su madre.

Robert le regaló un beso en la frente.

— Así me gusta, cariño.

— Se te dan muybien los niños, Robert — dijo Lucy, captando la atención de los presentes.

En lo que llevaban de velada, era la primera vez que se dirigía a alguien en concreto con plena confianza y había captado todas las miradas de la mesa excepto la de Margot, que parecía muy entretenida pinchando los pedacitos de carne con patata que su tío había cortado para ella.

— Me gustan mucho los niños  
— respondió secamente, sabiendo que eran el centro de atención de la familia y que no debía darle coba.

— ¿Y puedo preguntar por qué no habéis querido ser padres?

— inquirió con voz dulce e inocente, pero dirigiéndose únicamente a él.

Sarah sentía cómo la sangre comenzaba a hervirle en las venas. ¿Acaso no estaba presente en la mesa? ¿Se había vuelto invisible?

— Bueno, decidimos dejarlo un tiempo para disfrutar de nosotros y...

Guardó silencio unos segundos, pensativo, antes de añadir:

— Y los años se nos han echado encima.

Sarah, cabreada, soltó los cubiertos y miró a su marido acusadoramente.

— ¿Decidimos o decidiste?

— gruñó.

Él agachó la mirada, aparentemente cansado con aquel duelo de puñaladas.

— Bueno — continuó Lucy con alegría fingiendo no percatarse de la incómoda situación que se había



creado en la mesa —, estoy totalmente de acuerdo. Los niños te quitan mucho tiempo y para disfrutar de la pareja es totalmente necesario disponer de él.

— Sí — dijo Robert, evitando que la conversación se alargase.

Los presentes parecían mantenerse ocupados en sus respectivos platos, sin querer involucrarse en la conversación.

Era evidente que no acabaría en buen puerto.

— ¿Quieres que te sea sincera?  
— añadió la chica.

Sarah pensó que, si seguía

escuchándola, terminaría por lanzarle el cuchillo de la carne a la cabeza.

— Si tú fueses mi marido, yo tampoco querría tener hijos.

Soltó los cubiertos, anonadada. ¿Pero qué narices acababa de decir aquella mujer?

— Bueno, que alguien me ayude con los postres — gritó su madre, que se había levantado de un salto para procurar mantener la calma en la mesa.

Anna imitó a su madre, retiró la silla y se acercó hasta su hermana, que se mantenía tensa e inmóvil con

la mirada de asesina clavada en la joven novia de su hermano.

— Acompáñame a la cocina — murmuró en su oído — , vamos a ayudar a mamá.

Aún atónita con lo que acababa de presenciar, se levantó de la silla y caminó tras su hermana.

— ¡Alex! — exclamó Anna, malhumorada — . ¡A ti también te necesitamos!

Los tres hermanos y su madre entraron en el habitáculo y cerraron la puerta para mantener la intimidad.

Su madre, Evelyn, que odiaba las discusiones y siempre las había evitado a toda costa, se centró en trocear el pastel y en repartir las pastas en diversos platitos mientras escuchaba la conversación de fondo.

— ¿Puedes controlar a la niñata que te has traído por novia esta vez? — bufó Sarah, rabiosa — .  
¡No estoy para aguantar tonterías de nadie!

— No creo que haya sido para...

— Tú procura que se esté calladita, ¿vale? — le cortó Anna — .  
Tengamos la fiesta en paz.

Alex, cabizbajo, abandonó la cocina con los platitos de pasta y regresó a su asiento en silencio. No podía discutir a sus hermanas porque tenían la razón de su parte.

La tarde, de pronto, se tornó tensa. Incluso Margot, que hasta la cena se había mostrado entusiasmada y feliz, pareció adquirir cierto aire melancólico. Como ninguno de los presentes parecía querer alargar aquella situación, decidieron despedirse y marcharse a sus respectivos hogares.

Caminaron bajo el paraguas, apretando los dos cuerpos en aquel

espacio reducido que les proporcionaba cobijo de la lluvia. A Sarah le resultó irritante mantenerse tan cerca de él... ¡Quería gritarle! Estaba tan enfadada por lo que había sucedido con aquella chica, que tan solo el roce de sus abrigos al caminar la molestaba.

Llegaron al coche en silencio y Robert no se molestó ni siquiera en comentar el tiempo. Había empeorado y la carretera estaba en muy mal estado, pero era consciente del malhumor incrementado de su mujer así que

decidió guardar para él sus pensamientos, mientras pisaba suavemente el acelerador y rezaba porque el trayecto hasta su casa se hiciese lo más corto posible.

Al de pocos minutos, la tormenta les alcanzó y los limpiaparabrisas no daban a basto a la hora de mantener el cristal despejado. Los rayos iluminaban el cielo y los truenos resonaban por encima de la radio y del sonido de la lluvia que golpeaba la chapa del coche. Robert apagó la radio para aumentar su concentración y se pasó el cinturón por encima de la

cabeza para poder pegarse al cristal.

— ¿Puedes conducir más despacio? — protestó Sarah, que comenzaba a ponerse nerviosa.

— ¿Quieres conducir tú?  
— preguntó él, irritado — . Seguro que lo sabes hacer mejor que yo.

Tanteaba la mirada entre el retrovisor del conductor, el central del vehículo y la carretera. Prácticamente no se veía nada y tenía que manejar el coche por intuición.

— No... no. — susurró Sarah en voz baja — ¡A ti todo se te da



mejor!

Él resopló, exhausto, comenzando a impacientarse. Apretó un poquito más el acelerador para comprobar si el estado del pavimento se lo permitía. A pesar de todo, la carretera no parecía resbaladiza y se conocía aquel trayecto de memoria. Podría realizarlo con los ojos cerrados mil veces y llegaría al destino sano y salvo en cada una de ellas.

— ¡Genial! — gritó ella, alterada  
— ¿Te pido que conduzcas más despacio y aceleras más?!

Él la ignoró.

— ¡Para el coche, Robert! — gritó, cabreada — . ¡Para el maldito coche ahora mismo!

— ¿Y qué vas a hacer? — preguntó Robert, guardando una calma que hacía rato había perdido — . ¿Bajarte en mitad de la autopista?

— ¡Qué pares el coche de una vez!

— ¡Estás loca! — vociferó — ¡No pienso parar el coche en mitad de la autopista para que montes uno de tus numeritos!

— No te soporto... — murmuró Sarah, mientras clavaba las uñas en la palma de su mano, rabiosa — , no entiendo qué hago contigo...

Él soltó una carcajada nerviosa e histérica.

— Pues ya sabes quéhacer, Sarah... ¡Márchate! — exclamó — ¡Lárgate de una puta vez porque yo tampoco te aguanto!

Ella notó la ansiedad oprimir su pecho.

— ¡No te preocupes que es lo que voy a hacer! — gritó, mientras los ojos se le encharcaban — ¡Quédate la casa, el puto coche y todo lo que te dé la gana porque no volverás verme en tu vida!

No tuvo tiempo de responder.

El coche derrapó en la carretera. Habían pisado la pintura blanca que delineaba la calzada y la separaba del quitamiedos y la rueda izquierda trasera había resbalado dirigiendo el vehículo hacia el interior de la autopista. Robert pegó un volantazo procurando recuperar el control, pero era tarde. El coche respondió con un golpe seco de los amortiguadores mientras aumentaba descontroladamente la velocidad.

No le dio tiempo a contemplar la cara de su mujer, a observar sus lágrimas y su rostro descompuesto.

No pudo decir que lo sentía, que no pensaba nada de lo que había dicho. Que sólo le había seguido el juego a Lucy para provocarla y ponerla celosa. No pudo pedirle perdón, ni decirle que la amaba, que no le abandonase. Que no sabría qué hacer si su relación se terminaba.

Robert notó el tirón que le provocaba el cinturón en la cadera al mismo tiempo que observaba el cuerpo de su mujer salir disparado a través del cristal del vehículo. Sabía que habían volcado y que estaban dando vueltas de campana. Intentó sujetarla a él, pero fue

imposible. En un solo instante, comprendió todo lo que sucedía y lo que estaba por suceder.

Antes de perder el conocimiento, rezó porque un Dios benevolente le parase el corazón a él y le permitiese vivir a ella.

## Capítulo 3

Robert se despertó en una cama de hospital con un brazo escayolado y la cabeza dolorida. Le costó varios minutos recordar lo que había sucedido y tardó otros cuantos más en rememorar el cuerpo de Sarah atravesando el cristal.

Cuando la enfermera entró en la habitación, lo encontró deshecho en un mar de lágrimas, temblando

compulsivamente mientras musitaba en voz baja algo incomprensible.

— Buenos días, señor White — murmuró en voz baja la enfermera, distrayendo su atención — . Me alegra saber que ha despertado.

Robert se secó las lágrimas en la bata blanca que le habían colocado y procuró mantener las apariencias.

— ¿Dónde está mi mujer? — preguntó con un hilillo de voz.

En realidad, era plenamente consciente de que no deseaba conocer la respuesta.



La enfermera suspiró.

— En unos minutos acudirá el doctor a examinarle y él podrá informarle de todo lo que desee — anunció pasivamente —, por ahora no conviene que se altere.

— Necesito saber... — tartamudeó, deshecho — ..., necesito saber..., si Sarah..., ¿Sarah está viva?

Ella se acercó hasta la camilla y comenzó a retirar el gotero y la vía para colocar uno nuevo.

— Aunque quisieras responderle, desconozco el estado de su mujer — continuó, orientando su atención

en las tareas que le correspondían.

Él la examinó, dubitativo.

— Pero tiene que haberla visto  
— insistió — Sarah White. Tiene  
el pelo moreno, los ojos azules,  
muy claro... Ella es delgada, la  
piel blanca...

La enfermera se detuvo, pensativa.

— Mire, señor, yo solo me dedico  
a los cuidados de esta planta y no  
me suena que haya tratado a ninguna  
Sarah White. Lo que no quiere  
decir que no esté, puede que la  
atienda alguna compañera o que  
esté en otra planta diferente a la...

— ¿Por qué iba a estar en otra planta? — interrumpió.

Tan solo rezaba porque estuviese viva.

— No lo sé, señor White — repitió la enfermera, armándose de paciencia — . Como ya le he dicho, tendrá que esperar a que venga el doctor y él será el que le explique...

— ¿Puede ir a buscarlo, por favor? — preguntó.

Ella suspiró.

— Por favor... se lo suplico.

Colocó el gotero en la barra

metálica con parsimonia.

— Tendrá que esperar a que...

— ¡¿Puedes marcharte a buscar al doctor de una puñetera vez?!

— gritó, mientras se incorporaba en la cama.

La mujer, asustada, abandonó la habitación con prisas sin responder.

Robert sintió la angustia, el malestar y el dolor como nunca jamás lo había sentido. Había visto su cuerpo salir disparado.

Atravesar el cristal. Ella llevaba puesto el cinturón... ¡Y él no! Lo llevaba mal colocado y aún así, él había soportado el choque. ¿Cómo

era posible que...? ¿Y si no había sobrevivido...?

Se incorporó aún más, notando las articulaciones de su cuerpo doloridas, y vomitó a un lado de la cama.

Treinta minutos después, un hombre con bata blanca entraba en la habitación y tomaba asiento al lado de la camilla.

— Encantado de conocerle, Robert — dijo con voz neutra, mientras fingía una leve sonrisa — . Soy el doctor Jones y seré el encargado de su seguimiento.

Él asintió en silencio.

— Me ha dicho la enfermera que ha preguntado por su mujer — continuó, mientras observaba de reojo y con gesto de repugnancia el charco de vómito que se había formado en el suelo, junto a la camilla — . Debo decirle que tanto su caso como el de la señora White han sido un milagro. Un verdadero milagro.

— ¿Está viva? — preguntó con voz rota.

El médico asintió y Robert comenzó a llorar, aliviado por aquellas palabras que estaba escuchando.

— Es casi imposible sobrevivir a un accidente como el que han sufrido — añadió — . Usted ha salido prácticamente ileso, cosa que se ha visto en contadas ocasiones. Tiene varias fracturas en el brazo y diversas contusiones en el cuerpo. Nada de lo que no vaya a recuperarse en unas semanas.

— ¿Y Sarah? — preguntó, impaciente — . ¿Cómo está ella?

El doctor carraspeó y tragó saliva.

— Bueno, aunque el caso de su mujer también ha sido un milagro, su estado es muy delicado — explicó — . Al atravesar el

cristal y golpearse a gran velocidad contra el asfalto, sufrió un traumatismo craneoencefálico de gravedad y tuvimos que operarla de urgencia. Es una intervención de alto riesgo aunque, a pesar de que las probabilidades de supervivencia eran muy bajas, ha pasado la noche más crítica sin complicaciones.

— ¿Entonces está bien?

— preguntó, nervioso — ¿puedo verla?

— Podrá verla en unas horas, cuando se le vacíe ese gotero y le traigan una silla de ruedas.



Robert asintió, aparentemente complacido con la respuesta.

— ¿Habrá secuelas?

— Verá, la situación no es sencilla — continuó el doctor —. Ahora mismo Sarah se encuentra sumida en un coma inducido y no podremos saber la gravedad de las secuelas hasta que despierte.

Quince minutos después, tras realizar la inspección rutinaria de rigor, el doctor se marchó abandonándole con sus pensamientos en aquella fría y solitaria habitación. Sarah estaba viva. Había entendido

perfectamente lo riesgos de los que el médico le había hablado, pero la única información que su cabeza era capaz de procesar era que estaba viva.

Viva.

Viva.

## Capítulo 4

Había pasado una semana y Sarah continuaba dormida, postrada en la cama del hospital con un tubo atravesando su garganta para ayudarla a respirar mientras las enfermeras la limpiaban

diariamente con una esponja.

Ni Anna, ni los padres de Sarah, ni él habían permitido que se quedase ni un solo segundo a solas en aquel lugar. Todos se mantenían a su lado, inquietos y expectantes mientras rezaban porque abandonase por sus propios medios aquel sueño en el que se encontraba sumida.

Los días se repetían rutinarios, agotando la paciencia de los familiares de Sarah.

A pesar de que Robert había recibido el alta varios días atrás, se había negado a colocar un pie fuera del hospital. Anna había sido la

encargada de suministrarle ropa decente para que se mantuviese aseado durante su estancia allí.

Robert se negaba a abandonarla, no después de haber provocado aquel accidente. No después de las últimas palabras que se habían dicho en aquel coche.

Había recreado la discusión un centenar de veces y en cada una de ellas no encontraba el sentido ni la razón de lo ocurrido. ¿Cómo habían llegado hasta aquel punto tan crítico? ¿Cómo había alcanzado la relación aquella frialdad? No recordaba el momento exacto ni el

motivo concreto por el que se había establecido la distancia entre ellos, pero era consciente del peligro en el que había estado inmerso su matrimonio.

A pesar de ser agnóstico, Robert comenzó a rezar cada noche junto a la camilla de su esposa. Le suplicaba a un Dios (en el que jamás había creído) que la salvase. Que la ayudase a abandonar aquel sueño y que la trajera de vuelta a su lado. Sabía que aquellas suplicas eran fruto de la desesperación, pero necesitaba pedírselo a alguien, necesitaba que les ayudasen y sabía

que nadie de carne y hueso poseía dicha capacidad. Algunas veces, después de realizar las plegarias y jurarle a Dios que si la devolvía a la vida no la descuidaría ni un solo instante, le pedía una señal para corroborar que había sido escuchado. Pero las señales nunca llegaban y las semanas se iban convirtiendo en meses.

— Deberíamos comenzar a pensar en las alternativas...

Alex pronunció las palabras con inseguridad, captando la atención de sus padres, de su hermana y de

su destrozado cuñado.

— ¿De qué cojones estás hablando, Alex? — le había respondido Robert, furioso — ¿Matar a tu hermana es una alternativa para ti? — preguntó, mientras se lanzaba a por él.

Lo tenía sujeto por el cuello del jersey y se estaba conteniendo para no propinarle un puñetazo. Notó la mano de Evelyn, la madre de Sarah, colocarse con delicadeza sobre su hombro para tranquilizarlo. Robert soltó a su cuñado y regresó a su asiento.

— Soy su marido — musitó lo



suficiente alto como para que todos los presentes pudiesen escucharle —, si a alguien se le ocurre volver a pensar en voz alta algo similar, me encargaré de que no vuelva a pisar esta habitación ni pueda volver a acercarse a ella.

Nadie podía reprocharle su actitud, su nerviosismo, su desesperación.

Llegó la primavera y con ella Anna y Robert comenzaron a estrechar los lazos. Él estaba convencido de que la presencia de su hermana le hacía bien a Sarah, que estaba más tranquila cuando ella hablaba y contaba anécdotas de su día a día.

Anna pensaba que aquel presentimiento tan solo era un bote salvavidas al que aferrarse, pero era consciente de que ella necesitaba aquella boya flotante tanto como la necesitaba su cuñado. Cada tarde, recogía a Margot del colegio y acudían al hospital.

La niña había decorado todas las paredes con dibujos de colores para cuando su tía se despertase y se había ganado con creces el cariño de las enfermeras y de los celadores.

Una tarde de abril, mientras Margot

y Anna canturreaban entre susurros y dibujaban en los cuadernos, a Robert le pareció atisbar un movimiento en la mano de Sarah. Desde aquella tarde estrechó su mano entre las suyas día y noche, sin soltarla. Cuando se quedaban a solas, le suplicaba que le perdonase por aquellos malos meses que habían pasado. Le decía que tan solo había sido una crisis, una mala temporada que nunca más volvería a repetirse... Pero ella nunca se despertaba para responderle.

Fue casi a finales de abril cuando

notó el temblor de sus dedos por segunda vez. Y a principios de mayo cuando su cuerpo entero sufrió un espasmo. Sarah cada día estaba más delgada y tenía peor aspecto, pero Robert tenía más esperanzas que nunca depositadas en su recuperación.

El 10 de mayo del 2017, Sarah se despertó mientras el mundo dormía plácidamente. Le costó ubicarse y reconocer el lugar que la rodeaba, pero al final lo hizo: era evidente que estaba en un hospital. Había tenido un accidente de coche y el hombre que estaba sentado a su

lado, era Robert.

## Capítulo 5

— Siéntese en la camilla, por favor — le pidió el doctor Jones.

Ella obedeció y se incorporó con cuidado. Sentía las articulaciones aletargadas y doloridas.

El doctor comenzó con el examen

correspondiente, comprobando sus reflejos y sus respuestas a los movimientos.

— ¿Puede ponerse en pie, señora White?

Una vez más, obedeció.

— Estire los brazos abiertamente, así...

Él colocó los brazos de la manera correspondiente y ella le imitó.

— Muy bien, ahora, tóquese la punta de la nariz con el dedo índice, vamos a comprobar sus movimientos de coordinación... Primero con la derecha..., muy

bien..., ahora con la izquierda..., genial. Muy bien... Vuelva a sentarse en la camilla, voy a tomarle la tensión y en breve terminaremos.

El doctor se acercó hasta uno de los armarios de la habitación y extrajo un aparato. Antes de colocárselo, preguntó:

— Señora White, ¿recuerda en qué año nos encontramos?

Ella titubeó.

— ¿En el 2016? — hizo una pausa, pensativa — . Bueno, no. Supongo que en el 2017.



— Sí, así es — confirmó él — . ¿Y recuerda la razón por la que ha llegado al hospital?

— Un accidente de coche...

— murmuró, distraída.

— Exacto. ¿Recuerda al hombre que nos espera en el pasillo?

Ella clavó la mirada en la blanca pared, esforzándose por recordar, por hacer funcionar su mente.

— Robert...

— Muy bien — sentenció el doctor, satisfecho con el resultado — ¿Se siente confusa o desorientada?

Sarah no respondió. No sabía qué

decir.

— ¿Hay algo que le preocupe?

— insistió él.

— No recuerdo mi nombre...

— ¿No recuerda su nombre?

— preguntó el doctor Jones, extrañado.

Ella negó lentamente.

— No recuerdo nada más. Solamente el accidente y..., a él.

Le tomó la tensión en silencio, valorando la situación. En casos como aquel, las pérdidas de memoria no solían ser algo extraño ni una señal de alarma. Después de

corroborar que la tensión, los reflejos y la coordinación estaban correctos, le señaló una de las sillas de la habitación y la invitó a sentarse.

— ¿Qué es lo que recuerda del señor White?

— ¿El señor White? — repitió Sarah.

El doctor asintió.

— De Robert — aclaró.

— ¿Ese hombre y yo...?

— Así es, están casados — confirmó, señalándole el anillo que ella aún conservaba en su mano

y en el que parecía no haberse fijado — . ¿Podría decirme qué es lo que recuerda de él? Sea exacta.

— No..., no..., yo no...

— tartamudeó, pensativa — ..., yo no recuerdo nada de él.

— Pero sabe cómo se llama, ¿verdad?

Le dolía la cabeza después de tanta concentración y, lo peor de todo, era que a pesar del esfuerzo no encontraba nada más que neblina y vacío en su mente.

— Porque iba en el coche conmigo cuando chocamos. Nada más.

— Bueno, señora White, creo que está todo correcto — dijo, tranquilizándola, mientras le regalaba una palmadita de apoyo en el brazo —, lo que le está ocurriendo es completamente habitual. Con el tiempo recuperará sus recuerdos y todo regresará a la normalidad.

— ¿Con el tiempo?

— Puede ser cuestión de horas, de días o de meses. Los resultados del TAC son normales y no tenemos ninguna señal que nos haga sospechar que sufre algún tipo de lesión o secuela permanente. Le

daremos el alta y podrá recuperarse en su hogar, rodeada de la gente que la aprecia.

— ¿Me voy a ir a una casa con él?

— preguntó, alarmada.

¡No le conocía! Aunque, si lo pensaba con frialdad, ¿acaso conocía a alguien? No tenía opciones, ni recuerdos. Ni siquiera recordaba su aspecto físico. No sabía si era rubia, morena, alta...

— No tiene por qué. Puede marcharse a casa de cualquier familiar que lo desee, pero mi consejo es que regrese con su marido y procure adaptarse a su

antigua vida cuanto antes. Al principio le costará, pero será la manera más rápida de que sus recuerdos reaparezcan.

El doctor se levantó de la silla, recogió sus bártulos y se dirigió a la puerta.

— Prepararé el alta y la enfermera la avisará cuando pueda marcharse, puede ir vistiéndose. Cuídese mucho, Sarah. Y tómesele con paciencia.

En el pasillo, impacientes, esperaban el marido y los familiares de la joven. El doctor les explicó su delicado estado y repitió

las mismas recomendaciones que le había dado a ella.

— Por último, no la saturen — aconsejó —, tan solo recuerda a su marido y creo que sería contraproducente para su recuperación que se presenten todos en un mismo día. Creo que lo más apropiado sería que entrase él en la habitación y que el resto, se contengan. Mañana podrá ir alguien a visitarla. Su hermana, por ejemplo. Creo que al compartir su apariencia física le será más sencillo empatizar y familiarizarse con ella. Recuerden que esto es



algo pasajero y que, con el tiempo, ella volverá a ser la misma de siempre, pero tengan mucha paciencia y sean comprensivos.

El doctor se despidió de ellos.

Robert observó a su familia política sin saber qué decir. Tenía un nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra alguna. Evelyn se acercó hasta él y lo estrechó entre sus brazos y el resto de los presentes se unieron al abrazo.

— Hablaremos mañana — le dijo, preocupada pero a su vez, feliz —, cuida de ella, Robert.

Él asintió con solemnidad.

Se quedó en el pasillo mientras los veía alejarse, incapaz de reclutar la suficiente valentía como para adentrarse en la habitación. ¿Qué era, exactamente, lo que recordaba de él? ¿Su noviazgo, la convivencia, su matrimonio...? En realidad, le era indiferente. No único que importaba era que había despertado y que estaba sana y salva. Que sus plegarias habían sido escuchadas.

Entró en la habitación y la encontró vestida con unos vaqueros y un jersey que hacía meses había

llevado al hospital por si Sarah despertaba. Ella torció una mueca a modo de saludo, indecisa, y él se echó a llorar.

— No te imaginas lo mucho que te he echado de menos... — musitó, mientras ocultaba el rostro tras sus manos, avergonzado.

Ella no respondió, no sabía qué decir.

Estaba sentada ante un desconocido y lo único que su mente albergaba era vacío y terror. Un terror inmenso a tener que abandonar aquel lugar con alguien que no la conocía, o que ella no reconocía.

Daba igual.

Robert se tranquilizó y se acercó hasta su mujer.

— El doctor Jones me ha dicho que soy al único que recuerdas...

— En realidad, sólo recuerdo que estabas conmigo cuando tuvimos el accidente. Nada más.

— Entiendo — susurró en voz baja — . También nos ha dicho que recuperarás tus recuerdos. Que tan solo es cuestión de tiempo y paciencia.

— Sí, eso ha dicho.

Ella se levantó de la camilla,

incómoda.

— ¿Puedo abrazarte? — preguntó Robert con indecisión—. No imaginas lo mucho que he deseado y soñado con este momento...

## Capítulo 6

Desde la ventana de su habitación, podía observar un conjunto de montañas que se alzaban impetuosas rodeadas de pequeños bosques que eran atravesados por un riachuelo. Un sendero de flores amarillas y de margaritas blancas

que anunciaban la próxima llegada del verano se abría camino hasta la pequeña urbanización de casitas que tenían en frente.

El conjunto de viviendas le resultaba de lo más curiosa, pues estaban divididas en dos y separadas por unas vías de tren. Cada y media de cada hora, el tren rojiblanco que se dirigía a Londres cruzaba el ombligo del conjunto urbanístico perturbando, o amenizando, la paz de sus habitantes.

Sarah escuchó el traqueteo de las ruidosas vías y se pegó aún más al cristal, esperando el preciso

instante en el que los viajeros formarían parte de las vidas de sus vecinos. El tren atravesó la urbanización en tan solo unos segundos, sin permitirle profundizar en sus características. Lo vio alejarse y girar ligeramente a la derecha, en dirección a una vieja fábrica de madera que desprendía grandes cantidades de humo por su chimenea formando una neblina grisácea en el cielo.

Se mantuvo en aquel lugar de la casa cuarenta minutos más. Era el rincón que más le había gustado y en el que más calma y sosiego



encontraba. Absolutamente nada de lo que le rodeaba le producía algún tipo de evocación o de *déjà vu*, y todo le resultaba demasiado frustrante y agobiante excepto aquellas montañas, aquellas casitas y aquel viejo tren surcando la urbanización vecina.

— ¡Sarah!

Escuchó el grito de Robert provenir desde la primera planta.

Ella se levantó y se dirigió a las escaleras sin ningún entusiasmo. No le gustaba aquel hombre y no le apetecía demasiado estar con él..., era un desconocido y nada más.

Al despertarse por primera vez en el hospital, aún aturdida, había pensado que aquel único recuerdo que conservaba pertenecía a un tormentoso episodio de su juventud. Algún novio insoportable, agobiante. El primer sentimiento de su pasado que había sido capaz de evocar con plenitud, se había resumido en un intenso odio dirigido hacia él. Y su mera presencia le resultaba angustiada.

Cuando llegó abajo, él la estaba esperando en el salón, sentado en el sofá.

— ¿Te gustaría ver fotografías?

— preguntó emocionado, como si hubiese tenido la mejor idea de los últimos tiempos.

— Está bien — respondió, mientras se acomodaba a su lado.

Señaló la mesa auxiliar de la sala. Había amontonado en ella una pila de álbumes de fotografía para escoger.

— ¿Por dónde quieres comenzar?

Se encogió de hombros y Robert decidió que la boda podría resultar un buen inicio para incentivar su mente.

En ese mismo álbum, había

fotografías de alguno de los viajes que habían realizado en sus años de noviazgo. Robert se detuvo en cada imagen, relatando las anécdotas que habían vivido en los momentos pasados, hasta llegar al día esperado. La boda. Su boda. En aquellas instantáneas, Sarah estaba radiante. Aparecía junto a sus padres — según le había explicado — vestida con un impresionante traje de palabra de honor y una corona de flores blancas en la cabeza.

— ¡Espera! — exclamó cuando Robert pasó de página — . No

puede ser...

— Ella es Anna. Es tu hermana gemela — aclaró, señalándola con el dedo índice —, y él es Alex, tu otro hermano. Tu abuela también vino a la ceremonia, pero falleció hace dos años de un aneurisma.

Sarah sintió una punzada de tristeza oprimiendo su pecho. Su abuela, aquella desconocida que salía de fondo en una fotografía... ¿No iba a conocerla? ¿Los únicos recuerdos que poseía de ella habían desaparecido y ya no estaba presente para crear otros nuevos? ¿Con cuántas personas más le

ocurriría aquello?

Mientras le enseñaba todas esas fotografías, toda esa felicidad capturada en pequeños instantes, evocaba su único y último recuerdo. El coche. A Robert gritando que no la aguantaba y a ella diciéndole que no entendía por qué seguía con él.

— ¿Somos felices? — preguntó, dubitativa.

Quería conocer su opinión.

Lo único que ella era capaz de recordar era la pelea; la ruptura, más bien. Entonces, ¿por qué Robert estaba haciendo todo

aquello? ¿Era una cuestión de compromiso? ¿De pena?

Él dibujó una vaga sonrisa antes de responder.

— Supongo que como todos los matrimonios — dijo en voz baja —, hemos tenido buenos y malos momentos. Temporadas mejores y peores.

Treinta minutos después, se sentía cansada de observar tantísimas fotografías. Había llenado su cabeza de muchos nombres y rostros nuevos y estaba exhausta por el esfuerzo realizado. Robert le

propuso que se diera un baño y una ducha mientras él preparaba la cena y ella, agradecida, regresó a su habitación.

Mientras se llenaba la bañera, observó el semblante desconocido que el espejo le mostraba. Aquella mujer era ella. Era su cuerpo, su cara, sus facciones, sus labios, su nariz, sus pómulos... Y era una total desconocida. No recordaba su aspecto anterior más que por las fotografías que Robert le había mostrado y, aún con éstas, ni siquiera habría sido capaz de describir la niña que había sido en



un pasado.

Se metió bajo el agua tibia mientras continuaba inspeccionándose a sí misma. Tenía dos lunares en la pierna derecha, muy pequeñitos, pecas en los brazos y una cicatriz considerablemente grande en la espinilla izquierda. Se preguntó cómo se la habría hecho, pero no lo recordaba. Se esforzó en aquella blanquecina marca, en retroceder al pasado... Nada. Su mente no rememoraba nada.

Aquella situación era tan frustrante...

Puso empeño en contener las

lágrimas y mantenerse serena. El doctor le había explicado que aquel iba a ser un proceso largo, que debía de tener paciencia... Pero se sentía una intrusa en un cuerpo que no le pertenecía. Como si ella, antes de despertar, hubiese sido otra persona diferente. Con otra vida, otros recuerdos que tampoco podía evocar pero que sentía más suyos que los que Robert le relataba. Era una sensación extraña. Se secó superficialmente el pelo con una toalla mientras observaba el paisaje que tanta calma le proporcionaba. El cielo veraniego

y azulado que antes había visto, había quedado enterrado tras una espesa niebla lactescente que camuflaba las fábricas lejanas y la cima de las montañas.

Tampoco reconocía la ropa de su armario, ni sabía distinguir las prendas que le sentarían bien o mal. No conocía su silueta, ni sus curvas, ni sabía cómo potenciarlas o disimularlas. En aquellos instantes, se encontraba considerablemente más delgada que en las fotografías de los álbumes, supuso que por la alimentación a base de suero que había recibido

durante el coma. Se vistió, veinte minutos después, unos vaqueros y una camiseta de tirantes azulada que creyó que combinaba con su color de ojos.

Percibió el aroma de la cena mientras descendía las escaleras de caracol hasta el primer piso y se sorprendió de lo familiar y agradable que le resultaba.

Robert, frente a los fogones, daba vueltas al contenido de una cazuela con una cuchara de madera, distraído del resto y concentrado únicamente en la tarea que llevaba a cabo.

— Huele muy bien...

Se dio la vuelta para observarla y sonrió con felicidad.

— ¿De verdad? — preguntó.

A Sarah le pareció atisbar un centelleo de ironía en su tono de VOZ.

— Sí, así es — confirmó.

— Es tu plato favorito...

— ¿Y puedo saber qué es?

— inquirió, mientras se colocaba tras él y alzaba la cabeza por encima de su hombro.

Robert, aparentemente de buen humor, se dio la vuelta y le colocó

las manos sobre los ojos.

— No quieras saber antes de tiempo — dijo, mientras la empujaba con suavidad hacia la mesa auxiliar de la cocina —, tú siéntate, hazme compañía y disfruta...

Ella obedeció y se sentó en una de las sillas.

Mientras le examinaba, se dio cuenta de que era el primer buen momento que vivía desde que se había despertado. Observaba al hombre con el que supuestamente estaba casada cocinar, tarareando y feliz, y le parecía imposible no

contagiarse de aquel buen humor.

— Va a ser tu primera comida de verdad, Sarah. Espero que te guste.

— ¿Por qué no iba a gustarme?

— preguntó, mientras colocaba la mesa del comedor e iba y venía a los armarios de la cocina — . Has dicho que era mi plato favorito.

— Quizás te hayas despertado caprichosa, como las embarazadas — señaló él, risueño.

Fue inevitable reprimir la carcajada.

— ¿Cómo las embarazadas?

En aquel instante, se preguntó

porqué no habrían tenido hijos después de tantos años de matrimonio, pero no le pareció oportuno preguntarlo.

— Sí... ¿Quién sabe? — bromeó.

Robert descorchó una botella de vino tinto de reserva y sirvió dos copas para acompañar la cena. Había hecho un pollo guisado con guarnición de verdura y patatas panaderas que tenía una pinta estupenda.

Sarah saboreó el vino y corroboró que, efectivamente, le era de su agrado. La cena también le pareció riquísima y fue inevitable ocultar su



entusiasmo mientras devoraba el plato con ansia. Tres cucharadas después, le dolía el estómago y sentía retortijones. El doctor ya le había avisado de que, con total probabilidad, se le habría cerrado el estómago después de tanto tiempo manteniéndose a base de solución salina.

Robert, preocupado por ella, le pidió que apartase el resto para la comida del día siguiente, pero tenía un sabor tan bueno, que se negó y continuó masticando con esfuerzo. En el fondo, estaba muerta de hambre.

— Eres mi Sarah de siempre...

— susurró.

Y se le encogió el corazón al comprender que ni ella misma sabía quién era la Sarah de siempre.

— ¿Cuándo conoceré a mi familia?

— preguntó con curiosidad.

Robert sintió aquellas palabras cómo aguijonazos dolorosos. ¿Acaso él no era su familia?

— Anna vendrá mañana a casa

— respondió, procurando ocultar sus sentimientos para no estropear la velada —, seguramente traiga a Margot, si tú lo ves bien.

— Mi hermana...

— Sí, y su hija. Tu sobrina Margot.

Ella asintió y tomó otro sorbo de la copa de vino.

Evitó preguntar, para no volver a saturarse de información, la edad de la niña y lo unidos que estaban a ella.

Después de cenar, se trasladaron al porche con las copas y la botella de vino y se sentaron en la mecedora. Aunque la niebla tenía camuflada una buena parte del paisaje que los rodeaba, aún se podía atisbar levemente el anaranjado anochecer que el cielo estaba regalando en

algún lugar lejano.

— Siempre has adorado ese maldito tren — le contó él, con la copa en la mano y la mirada perdida en la lejanía — , te pasabas horas aquí sentada observando la urbanización, esperándolo. Cuando escuchabas el traqueteo de las vías, corrías a la ventana de una manera infantil y absurda para poder verlo. Y aquello me sacaba de quicio..., que dejases cualquier cosa que estuvieses haciendo por correr a ver el maldito tren.

— ¿Por qué? — inquirió.

Comenzaba a notarse mareada por

el vino y aquella sensación le pareció lo más agradable que había sentido hasta el momento. Bebió otro pequeño sorbo, saboreándolo lentamente contra su paladar.

— ¿Por qué te levantabas a ver el tren? No lo sé, era una obsesión que tenías. Te gustaba verlo pasar entre las casas...

— No — negó, con un leve movimiento de cabeza, mientras clavaba la mirada en él — . Que por qué te sacaba de quicio.

Robert guardó silencio, meditando la respuesta.

Era cierto, la obsesión de Sarah por

el tren lo había llegado a desquiciar hasta límites insospechados. Si estaba cocinando, dando la vuelta a algo en la sartén, soltaba las cucharas y se quedaba con la mirada perdida por la ventana. Si estaban juntos, en la cama, era capaz de levantarse solo para verlo pasar. Lógicamente, era algo que no hacía diariamente y que con el paso de los meses comenzó a distanciarse en el tiempo, pero... Pero ahora le parecía absurdo. Incluso lo echaba de menos. Habían discutido tantas veces por sus delirios infantiles... y había llegado el momento en que todas

esas discusiones le parecían absurdas.

— Supongo que me parecía pueril... absurdo. Una obsesión absurda y rematadamente infantil.

— Creo que recuerdo vagamente todo esto — confesó Sarah, con la mirada aún perdida en el horizonte — , este paisaje, las casas... Todo me resulta reconfortante.

— Excepto yo.

Robert dejó la copa vacía en el suelo y le devolvió una mirada herida.

— No — señaló — , no es que no

me lo resultes, es que me siento desorientada y muy confusa..., no sé. Saaarah... —arrastró las silabas, como si quisiera interiorizar su nombre — White. Sarah White. Ni siquiera me parece bonito.

— ¿No te parece bonito mi apellido?

— Tampoco mi nombre — rió ella —, en realidad, no me parece mío.

Sarah apuró el último sorbo que quedaba en la copa y se estiró en la mecedora para colocarla en el suelo. En pocos minutos, el cielo había oscurecido con rapidez. No



se escuchaban sonidos ni se atisbaba, desde aquel lugar, ninguna señal de vida. Una de las casitas de enfrente tenía las luces encendidas, recordándoles que no estaban solos en el mundo.

— Si pudieses escoger un nombre para ti, ¿con cuál te quedarías?  
— preguntó él.

Ella sonrió, pensativa.

— No lo sé. Soy una total desconocida para mí misma...

Se quedaron en silencio.

No era un silencio incómodo, más bien, todo lo contrario.

Robert golpeó con el pie el suelo y la mecedora comenzó a balancearse con suavidad. Sarah subió las piernas en alto y dejó que el arrollador movimiento le proporcionase calma mientras un sueño inconsciente comenzaba a crecer en su interior. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Él la observó, distraído. Contempló sus mejillas sonrojadas por el vino y los mechones de pelo sueltos que le caían en el rostro. Una punzada de alivio recorrió su cuerpo y una sonrisa se ensanchó en sus labios. Robert había llevado el cinturón

medio suelto y había sido el responsable del accidente. Sarah iba bien atada, no conducía, y aún así fue la que recibió los mayores daños. Fue la que se soltó. Fue la que tuvieron que operar. La que, después de tantísimos meses, seguía sufriendo por aquella maldita noche de noviembre.

La mecedora continuaba balanceándose y él continuaba con la mirada clavada en ella. Estaba delgada y muy pálida, pero no había cambiado. Y estaba viva. Se fijó en unas pequeñas pecas en sus mejillas que se fundían prácticamente con el color de su

piel y se preguntó si siempre las habría tenido. Catorce años casados y nunca se había fijado en ellas... Nunca se había detenido a observarla tal y cómo era.

— ¿Estás despierta? — susurró.

Ella no reaccionó.

Hecha un ovillo sobre la mecedora, con los pies en alto y la cabeza apoyada en el respaldo, soltaba pequeños resoplidos con los ojos cerrados. Sus párpados temblaban ligeramente y Robert se preguntó qué estaría soñando.

Se permitió, también, cerrar los ojos y disfrutar del instante. Hasta

que su mente comenzó a delirar...  
¿Y si Sarah no despertaba? ¿Y si, al despertar, tan solo recordase los malos momentos que habían vivido? ¿Y si no volvía a recuperar su memoria? ¿Y si no le quería en un futuro? ¿Y si al recuperar todas las vivencias le culpaba de lo sucedido?

Abrió los ojos y volvió a clavarlos en ella, mientras comprendía que, aquella noche, el sueño sería algo imposible de conciliar.

# Capítulo 7

Cuando despertó, encontró a Robert sentado en una esquina de la habitación en un viejo sillón. Las cortinas estaban abiertas y la luz había inundado el habitáculo. Él aún dormía, con la cabeza caída en uno de los apoyabrazos. ¿Qué hacía

ahí?

Se preguntó cómo había llegado hasta la cama la noche anterior y fue incapaz de responderse. Preocupada, se esforzó por recapitular los últimos sucesos del día anterior, pero no logró avanzar más allá del instante de la mecedora. ¿Acaso también había perdido la capacidad de recordar a corto plazo?

Se levantó sigilosamente, le colocó a Robert una manta por encima y abandonó la habitación mientras volvía a preguntarse por qué habría dormido en una silla. Le pareció un

tanto siniestro, pero procuró restarle importancia. Mientras descendía las escaleras de caracol, sus tripas comenzaron a resonar recordándole que había recuperado el apetito. Se acercó a la cocina e inspeccionó la nevera, sin saber por dónde comenzar.

Huevos. Los huevos revueltos eran una buena opción para calmar el tigre que se le había metido en su estómago. Mientras cocinaba, corroboró que desde la ventana que estaba frente a los fogones, también podía observar la urbanización y el tren. Recordó la conversación que



había tenido con su supuesto marido la noche anterior y un escalofrío recorrió su cuerpo. El accidente, el coche, los gritos, ella diciéndole que no aguantaba más, él gritando...

Suspiró hondo, terminó de hacer el revuelto y se sentó en la mesa auxiliar de la cocina. Pensó en hacerse un zumo de naranja y un café, pero descartó la idea mientras observaba los mil recovecos que tenía la cocina y se preguntaba en cuál de ellos podría estar el exprimidor o la cafetera.

Cuando bajó Robert, ella ya había

desayunado.

— He dejado huevos revueltos en la sartén — le dijo, aún sentada en la mesita.

Tenía mal aspecto; unas enormes y amoratadas ojeras, los ojos rojos y achinados, como si el simple hecho de observar le estuviese resultando un esfuerzo imperioso. Él rebuscó en un armario hasta dar con la cafetera y la puso al fuego. Mientras el agua se calentaba, se sentó junto a Sarah y se mantuvo en silencio.

— ¿Estás bien? — murmuró ella, preocupada.

— Solo estoy cansado  
— respondió —, no he pasado  
buena noche.

Ella asintió y decidió no ahondar en el tema.

Comenzaba a sentirse a gusto a su lado aunque, por bueno que fuese, le resultaba extraño.

Sarah observó cómo Robert, repentinamente consternado, abría los ojos de par en par y se quedaba en silencio, pensativo.

— ¿Ahora qué ocurre?

— ¿Has hecho los huevos para mí?

— preguntó, sorprendido.

Ella asintió, dubitativa. ¿Dónde estaba el problema?

— Tenía hambre..., siento no haber esperado a que...

— ¿Has desayunado huevos revueltos?

Ella volvió a asentir, sin comprender a dónde quería llegar a parar.

Robert se levantó de un impulso y la estrechó con fuerza entre los brazos. Ella, sin saber cómo reaccionar, se mantuvo inmóvil hasta que el abrazo cesó.

— ¡Oh, Sarah! — exclamó, feliz y

sorprendido, sin soltarla — . Tenía tanto miedo de que no te fueras a recuperar...

— No entiendo que...

Él se apartó, sonriente.

— Es tu desayuno de siempre — aclaró — , todos los días desayunas huevos revueltos. Hay gente que desayuna café o un croissant, pero tú siempre huevos revueltos.

— También me apetecía un café, pero no sabía dónde encontrar la cafetera y no quería desordenar...

— A veces también tomas una taza

de café — continuó Robert, emocionado por la situación —, pero el revuelto es indispensable para que comiences el día de buen humor.

Ella no sabía qué responder.

Si debía ser sincera, le parecía una estupidez. Una tontería y una esperanza estúpida. Quizás, poco a poco, fuera recuperando sus recuerdos. Quizás conservaba los mismos gustos que en el pasado pero..., una cosa tenía clara: los recuerdos aún no habían regresado.

Robert, aparentemente emocionado, se pasó el resto de la mañana

explicándole qué era lo que le gustaba y qué no. La pasta, sí. El pescado, como norma general, no. Le gustaba la ropa ancha y cómoda, pero nunca iba desaliñada. Siempre llevaba zapato con tacón, nunca plano, y le encantaba escuchar música clásica los días de lluvia (que eran bastante habituales en su zona). El pelo le gustaba llevarlo en un cómodo recogido y cuando se maquillaba solía pintarse los labios de color carmín. El café le gustaba largo y manchado, con sacarina. Le gustaba bañarse, no ducharse.

Dos horas después, Sarah sentía

que la cabeza iba a explotarle. Había escuchado cada cosa que le gustaba y cada cosa que no, pero estaba saturada. Además, ¿qué suponía que tenía que hacer ahora? ¿Darse un baño aunque le apeteciera una ducha? ¿Ponerse zapatos de tacón aunque quisiera ir en deportivas? ¿Y si no lo hacía qué significaba? ¿Ayudaría eso a recuperar sus recuerdos? Suspiró hondo, agotada.

Robert captó el súbito estado taciturno de Sarah y optó por mantener las distancias hasta que recuperase el buen humor. Estaba



feliz e ilusionado con el simple hecho de pensar que todo volvía a la normalidad, poco a poco. Después de la noche que había pasado, creyendo que no volvería a verla despertar, necesitaba algo positivo para afrontar el día y sobretodo..., para superar la siguiente noche. Sufría un terror atroz a que volviese a quedar sumida en un coma o algo similar y, aunque conocía la absurdez de sus miedos, parecía imposible no sentirlos.

Faltaba una hora para que Anna y la niña llegasen a casa y Robert

decidió comenzar a preparar la comida. Mientras lo hacía, el resto de las preocupaciones que hasta entonces había procurado obviar comenzaron a hacerse realidad y cobrar presencia. Hacía meses, muchos meses, que no trabajaba. Su socio, Mitch, estaba siendo totalmente comprensivo y mantenía a raya el negocio pero..., los ahorros que Sarah y él habían cosechado se habían invertido en los gastos del hospital. Cierto era que el seguro había cubierto buena parte, pero la otra parte había salido de su bolsillo. La hipoteca comenzaba a ahogarles y las

regalías mensuales que Mitch le proporcionaba no daban para mucho. No podía culparle, desde luego, pues había tenido que contratar a otras dos personas y formarlas mientras él estaba fuera. Se preguntó cuándo debía comenzar a trabajar y deshechó rápidamente aquel pensamiento. No, no era buen momento para preguntarse algo así. Su deber era mantenerse con Sarah hasta que se recuperase del todo.

Mientras él hacía la comida, Sarah subió a su habitación para darse una ducha, asearse y vestirse. Estaba ansiosa por conocer a su

familia, a su hermana... No sabía por qué razón, pero era incapaz de considerar a Robert su marido (en realidad, sabía que era por ese maldito recuerdo que sí conservaba) pero su hermana siempre sería su hermana y..., su gemela. Y eso nada ni nadie podría cambiarlo. Con la toalla envuelta alrededor de su cuerpo, inspeccionó el armario como lo había hecho el día anterior. “Me gusta la ropa cómoda, los zapatos de tacón y siempre voy elegante”, se repitió a sí misma. Y cuanto más se lo decía, más le apetecía vestirse con unos vaqueros, una sudadera y

unas deportivas. Además, no iban a salir de casa y le parecía una total ridiculez vestirse elegante para estar sentada en un sofá.

Se sorprendió al comprobar que, efectivamente, Robert tenía razón. Debía de ser una vestimenta bastante impropia de la Sarah que fue, pues su armario no contenía ni una sola sudadera. Decidió inspeccionar la parte que le correspondía a él. La mayoría de sus prendas se limitaban a americanas, pantalones de traje y corbatas. Examinó el armario a fondo hasta dar con un jersey lo suficiente ancho como para resultar

de su agrado y, justo en el instante en el que se disponía a cerrar las puertas, su mirada chocó con una enorme bolsa que tenía dibujado el logo del hospital.

Sarah la extrajo del armario y vació su contenido sobre la cama de matrimonio. Espantada, comprobó que era la ropa que había llevado puesta el día que sufrieron el accidente. Estaba ensangrentada, rasgada y tan solo contenía un zapato. Se preguntó, horrorizada, porqué Robert habría podido guardar algo así. Se dispuso a guardar cada prenda en la bolsa

mientras anotaba en su mente que debía pedirle que se deshiciera de ella. Era horrible, un recuerdo realmente horrible para conservar.

Cuando introdujo el bolso negro de mano, notó un leve movimiento dentro de él y volvió a sacarlo. Efectivamente, Robert no se había molestado en aquel largo tiempo en inspeccionarlo. Contenía una cartera, un teléfono móvil, dinero, un pintalabios y una barra de máscara de pestañas. Abrió la cartera y corroboró que era suya, así que supuso que el resto de los objetos también le pertenecían.

Antes de volver a bajar, buscó un cargador y enchufó el teléfono móvil. Tenía curiosidad por inspeccionar su contenido, pero lo dejó para última hora del día y regresó abajo.

Se sorprendió del berenjenal que Robert había preparado en la cocina: la encimera estaba repleta de harina, había platos sucios en cada esquina y el fregadero había almacenado una buena pila de cacharros.

— ¿Qué ha pasado aquí?  
— preguntó ella, divertida.

Robert estaba manchado de arriba



abajo.

— Todo es por culpa de este maldito libro — dijo, mientras le mostraba en alto un libro de recetas —, ¿por qué pone cocina fácil si no lo es?

Sarah se echó a reír, encantada por la situación.

Al final, descartaron los preparativos que él había iniciado y comenzaron de cero, juntos, algo más sencillo.

— ¿Pasta? — preguntó él, desesperado.

Mientras el agua hervía, limpiaron el desastre que se había armado.

— Espero que no te importe que haya cogido tu jersey — le dijo ella, aprovechando un momento de calma que se había creado.

Él negó rotundamente.

— Puedes coger lo que quieras.

— También quería pedirte un favor — dijo, mientras continuaba con la tarea que tenía entre manos, restándole importancia a lo que iba a decir —, ¿podrías deshacerte de la bolsa del hospital? La de la ropa...

— ¡Sí, claro! — respondió de inmediato —. Ni siquiera la recordaba... Supongo que me la

darían y que no sabía muy bien qué hacer con ella mientras..., bueno...

— No pasa nada — acortó Sarah — , pero no quiero tener que verla más, si es posible.

Él volvió a asentir con rapidez.

Cuando terminaron de cocinar y limpiar, ocurrió algo que Sarah no sabía muy bien cómo catalogar. Robert, con total confianza y normalidad, se desnudó de pies a cabeza en mitad de la cocina, introdujo su ropa manchada de harina en la lavadora y se dirigió a la planta de arriba. Ella le observó perpleja, sin poder articular una

sola palabra. Supuso que, aquel acto, debía de ser tan habitual entre ellos que él ni siquiera le había concedido importancia. Pero al verle..., no había podido evitar escandalizarse un poco. Le resultaba incómoda la confianza que demostraba hacia ella y le molestaba que él no fuera capaz de entender que no era recíproca. Por mucho que en un pasado la conociera, en aquel presente ella era una desconocida para él, y él para ella.

Anna y Margot llegaron a las doce del mediodía. Nada más abrir la



enroscaba los bracitos en su pierna. Sarah no supo cómo reaccionar, pero sintió cómo algo en su interior se extendía. ¿Felicidad, quizás?

Se agachó para quedar a la altura de la niña y sonrió con dulzura mientras entrelazaba su mano con sus deditos.

— Hola, Margot — dijo, entusiasmada.

— ¡Qué bien que estés despierta!  
— exclamó, contenta.

Anna se echó a reír mientras apoyaba una mano sobre el hombro de su hija.

— ¿Por qué no entras y vas a buscar al tío Robert? Mamá y la tía tenemos muchas cosas de las que hablar.

Margot asintió, soltó la mano de su tía y corrió escaleras arriba mientras exclamaba “¡hola, hola, caracola!” a pleno pulmón.

— Es tremenda... — señaló Anna.

— Sí que lo es — corroboró.

Y sin decir nada más, se fundieron en un largo y profundo abrazo. A Sarah le pareció algo tan natural, tan confortante, que no quiso soltarla. Anna era su mitad, su alma gemela, y no era necesario

recordarlo para ser consciente de ello. Saltaba a la vista.

Pasaron la tarde juntas, mientras Margot iba y venía por la casa con juguetes y daba vueltas y más vueltas por todas partes. Sarah se sorprendió de lo mucho que la niña quería a Robert, de lo unidos que estaban.

Cuando comenzaba a anochecer, se despidieron de ellas y las observaron marchar. Sarah tenía la sensación de que había sido la mejor tarde de su vida, aunque tampoco tenía demasiado donde comparar. Su hermana se marchó y



ella mantuvo la ilusión creada por la promesa de que regresarían al día siguiente.

En cuanto se quedaron a solas Sarah notó el incómodo silencio que se había formado entre ellos. La tensión que Robert desprendía no podía pasar desapercibida y era evidente que algo había cambiado.

Habían comido tanto al mediodía, que no se molestaron ni en cenar.

Robert se sentó a leer el periódico deportivo y Sarah decidió comenzar un libro; no sabía si le gustaría o no, pero se decidió por “El corazón de las tinieblas” de

Joseph Conrad. Las próximas horas, ambos se mantuvieron en silencio, concentrados en sus respectivas lecturas, hasta que Robert se decidió a romperlo.

— Necesito enseñarte un sitio.

No añadió nada más, ni permitió que Sarah respondiera.

Se levantó del sofá y desapareció en dirección a la cocina. Extrañada, volvió a centrar la atención en la lectura por unos segundos, hasta que Robert regresó.

— ¡Vamos, Sarah! — exclamó con entusiasmo — , ponte una chaqueta, hace una noche perfecta para ir.

— ¿Ir a dónde? — preguntó ella.

Él sonrió y se giró hacia las escaleras, sin añadir más.

Se quedó allí unos segundos, pensando si seguirle o no. Al final, dejó el libro y fue tras él.

— Ponte una chaqueta que te resguarde del frío y cálzate unas botas — le pidió.

Ella se quedó en el umbral de la puerta, pensativa, mientras le observaba cómo inspeccionaba el armario.

— ¿Ir a dónde? — repitió.

Robert respondió con otra sonrisa

juguetona, traviesa.

— Venga, vamos, Sarah...

— Creo que no son horas de ir a ninguna parte — señaló, inquieta, mientras observaba el paisaje oscuro que proporcionaba la ventana de la habitación — . ¿Y si lo dejamos para mañana?

Robert cogió un abrigo del armario y se lo lanzó.

Sarah lo cogió en el vuelo, poco convencida.

— ¡Cálzate! — ordenó, sin perder la risa — , voy a ir sacando el coche del garaje.

¿El coche?

Mientras se ponía las camperas, fue consciente de que iba a ser la primera vez que se subía en un coche. Bueno, al menos, lo iba a ser desde que se había despertado del coma. Sopesó el miedo que tenía a los vehículos y, aunque no podía catalogarlo como nulo, se sorprendió al comprobar que sentía más curiosidad que cualquier otra cosa.

Bajó al garaje con poca convicción. No entendía a dónde tenían que salir de noche y no se terminaba de fiar de Robert. Cierto era que él no

había hecho nada mal, pero...

— ¡Venga, Sarah! — exclamó, con la ventanilla del monovolumen bajada.

Ella se subió al coche, en silencio, mientras el portón del garaje se elevaba.

— ¿A dónde vamos?

— Vamos a rememorar nuestra primera cita — murmuró, mientras metía primera y abandonaba su hogar.

## Capítulo 8

Mientras ascendían a través del rocoso estrecho, Sarah sintió que el corazón se le escapaba del pecho. Le latía con fuerza mientras se agarraba con ambas manos a la pestaña que había sobre la ventana, nerviosa. El monovolumen, incapaz de seguir por aquel camino, se

quejaba con un sonido ronco del motor y hacía girar sus ruedas en el barro sin ascender ni un solo centímetro.

Robert aminoró las marchas y fue soltando muy suavemente el embrague mientras jugaba con el acelerador. El coche salió disparado entre la maleza y Sarah ahogó un grito. ¡Aquella era una auténtica locura!

— ¿No deberíamos volver?  
— preguntó, anonadada.

Él no respondió.

En la radio, Jimmy Hendrix con su “All Along The Watchtower” había



comenzado a resonar y Robert subió el volumen para permitirle tapar el sonido del motor.

Continuaban dejando tras ellos todo tipo de ramas, arbustos y maleza, mientras la cuesta iba empinándose más y más. Sarah pensó que, con aquella escandalosa música de fondo, la oscuridad alrededor y maleza cada vez más espesa, parecían salidos de una película de terror.

Sarah, intranquila y nerviosa, sintonizó la emisora local para mantenerse entretenida.

— ¡Eh, me gusta Rock fm! — se

quejó Robert, divertido.

En realidad, aquella canción la estaba poniendo nerviosa. Otra canción del actual pop inglés que ella no fue capaz de reconocer inundó el coche a través de los altavoces y Sarah volvió a relajarse en su asiento por unos segundos, hasta que el monovolumen comenzó a dar pequeños saltos por los baches de la cuesta.

— ¡Ya casi estamos! — exclamó él, divertido.

Y ella rezó porque así fuera.

Diez minutos después, Robert detenía el motor del coche en una

pequeña explanada. Desde allí, sin siquiera abandonar el vehículo, Sarah se sorprendió de que podían observar el valle entero. Lo tenían a sus pies. El pueblo, iluminado por la diminuta luz de los hogares, se mantenía vibrante y precioso entre las montañas y los bosques. Robert abrió la puerta y salió al exterior, y Sarah le siguió.

— ¡Guau...!

No pudo ocultar la sorpresa.

Aquel mirador era impresionante; mágico. Robert rodeó el vehículo y se sentó sobre el capó. Sarah le imitó. El motor estaba caliente y

agradeció el calor que desprendía. No hacía frío, pero allí arriba, el viento soplaba con más fuerza. Se quedaron en silencio observando, encantados con aquello que el paisaje les proporcionaba. Ninguno de los dos medió palabra, pero tampoco era necesario. Una vez más, no era un silencio incómodo.

Robert se tumbó hacia atrás hasta apoyar la espalda contra el cristal, mientras Sarah, abrazando su propio cuerpo a bajo la chaqueta, contemplaba todo lo que aquel alto proporcionaba.

Notó un tirón en la espalda; era

Robert, instándola para que se tumbase de la misma manera que él.

— Tienes que ver esto — murmuró en voz baja.

Desde allí arriba, no se escuchaba ningún sonido excepto el leve murmullo de la radio dentro del coche. A su alrededor, todo estaba en calma.

Ella se tumbó y clavó la vista en el techo estrellado que tenían sobre ellos. El cielo estaba tan despejado que todas las constelaciones de la vía láctea tomaban forma sin esfuerzo, brillando con fuerza e iluminándoles.

— Es precioso — musitó ella, ensimismada.

Él asintió.

— Aquí fue nuestra primera cita — rió él, mientras retrocedía en el tiempo hasta aquel instante —, habíamos quedado para ir al cine y te traje después de la película. Yo lo conocía por mi tío Ray, que me solía traer a cazar, y a ti te encantó tanto que me obligaste a regresar cada fin de semana que nos veíamos.

Ella no respondió.

Procuró evocar aquellos momentos que Robert le relataba, pero su

mente estaba vacía. Completamente vacía. Pasaron largos minutos allí tumbados, contemplando las estrellas. Y por primera vez, Sarah sintió que se alegraba de formar parte de aquel pequeño mundo tan desconocido para ella.

— ¿Cómo nos conocimos?

— preguntó ella.

Él soltó una carcajada.

— Fue curioso, en un bar — susurró en voz baja — . Tú estabas con unas amigas y yo había salido con los del trabajo. Yo ya me había fijado en ti cuando uno de mis compañeros se acercó a hablarte.

Le ignoraste, pero tus amigas decidieron unirse a nosotros y..., bueno, tú y yo acabamos toda la noche marginados. Por aquel entonces ambos teníamos nuestras respectivas parejas, pero después de aquella noche — hizo una pausa y giró la cabeza hacia ella —, en la que entre nosotros no pasó absolutamente nada — matizó, risueño, mientras Sarah observaba su mirada soñadora —, nada volvió a ser lo mismo.

Robert regresó la mirada hacia las estrellas.

— Al día siguiente yo me moría por



volver a verte y tú sentías lo mismo — añadió — , y los días fueron pasando mientras nos extrañábamos, hasta que el destino quiso que nos volviéramos a juntar.

Sarah lamentó el hecho de no poder rememorar aquellos recuerdos tan dulces. De repente, Robert se levantó de un salto del coche y se colocó a su lado del capó.

— ¿No lo escuchas? — preguntó, sonriente, mientras la tomaba de la mano y la instaba a levantarse.

Ella se concentró en los sonidos. Excepto el murmullo de la radio en el interior del vehículo, todo a su

alrededor estaba en silencio.

— Vamos..., ven.

Sarah obedeció y saltó del capó.

Robert caminó rápidamente hacia el final de la explanada, mientras tiraba de ella para acelerar su paso.

— ¡Mira, ahí! — señaló, riendo a pleno pulmón como un loco.

¡Era el tren! ¡Su tren!

Con las luces de los vagones encendidas, desde aquel alto se podía observar cómo atravesaba el pueblo por completo. Era precioso. Ella sonrió y él volvió a tirar de su cuerpo para abrazarla.

No terminaba de sentirse cómoda de aquella manera ni tan cerca de Robert, pero debía de confesar que aquel lugar le hacía sentir algo especial por él... Le hacía sentir magia. Así que se hundió bajo la protección de su regazo y se permitió desconectar los pensamientos durante un rato.

Diez minutos después regresaron al vehículo, pero no se sentaron sobre el capó.

— Me gustaría seguir rememorando nuestra primera cita — explicó, emocionado —, ¿sigo teniendo carta blanca?

Ella se encogió de hombros, sin saber a qué se refería.

— Supongo que sí — aceptó finalmente.

Robert se acercó hasta la puerta del conductor y la abrió de par en par. Después las de atrás y por último la del copiloto. Sarah no entendía lo que hacía, pero se echó a reír completamente divertida con la situación. Él se introdujo fugazmente dentro del coche y elevó la música de la radio. Sarah se sobresaltó, pensando que, de pronto, estaban turbando aquel entorno tan calmado.

Una canción popera de la emisora local alcanzaba su final mientras Robert regresaba a su lado.

— ¿Bailas conmigo la siguiente canción? — preguntó, con una sonrisa traviesa e inocente.

Sarah soltó otra sincera carcajada.

— ¿Aquí? ¿En la montaña?

— Sí, aquí... Bajo las estrellas  
— puntualizó.

La canción se extinguió y, como si el destino le hubiese querido echar un cable, un suave piano comenzó a sonar de fondo con una delicadeza exquisita. Robert extendió una

mano y arqueó las cejas, invitándola a unirse a él mientras comenzaba a mecerse suavemente. Ella aceptó la invitación entre risitas; sintiéndose, por alguna extraña razón, como una tonta quinceañera que se dejaba engatusar por el guapo del colegio. Robert rodeó su cintura con el brazo y atrajo su cuerpo hasta que ambos se pegaron. Bailaron así la canción, mientras la exquisita voz de la cantante les regalaba una letra que, en aquel instante, bajo las estrellas, en mitad de la nada, todo parecía haber sido creado únicamente para ellos dos.

*... You'd know how the time flies  
Only yesterday was the time of our  
lives*

*We were born and raised in a  
summery haze*

*Bound by the surprise of our glory  
days...*

*(Ya sabes cómo pasa el tiempo,  
ayer era el mejor momento de  
nuestras vidas,*

*nacimos y fuimos criados en una  
bruma veraniega,*

*unidos por la sorpresa de nuestros  
días de gloria)*

*...I hate to turn up out of the blue  
uninvited*

*But I couldn't stay away, I couldn't  
fight it*

*I hoped you'd see my face and that  
you'd be reminded*

*That for me, it isn't over yet...*

*(Odio aparecer de repente, sin  
invitación,*

*pero no podía permanecer alejada,  
no podía afrontarlo.*

*Esperaba que vieras mi cara, y te  
hiciera recordar,*

*que para mí, no ha terminado  
todavía.)*

— Esperaba que vieras mi cara...

— canturreó en su oreja con voz  
melosa, mientras repetía la última



estrofa con el piano de fondo — ...,  
y te hiciera recordar...

Sarah sintió cómo los ojos se le empañaban. Sus miradas, profundas, sinceras, clavadas en el otro mientras sus cuerpos continuaban meciéndose armónicamente junto al sonido de la melodía. Una lágrima recorrió su mejilla y Robert la atrapó con un fugaz y tierno beso.

La melodía se extinguió para dejar paso a otra, pero Robert volvió a tararear la letra, hipnotizado por el momento.

— A veces permanece el amor,

pero otras en cambio duele...

Sin saber porqué, Sarah se puso de puntillas y le besó.

Tal vez fuese la magia del momento, de las montañas, de las estrellas, del valle o del murmullo del tren surcando el pueblo. Tal vez fuese por el cúmulo de circunstancias que habían tenido lugar pero... El beso duró y duró, mientras sus lenguas se enroscaban y continuaban el baile que los pies habían detenido. Robert acarició su espalda, sin dejar de besarla, mientras notaba cómo el calor del instante se iba elevando poco a

poco. Sarah se dejó llevar, mientras notaba cómo cada poro de su piel respiraba por él.

Robert caminó hacia atrás, aún con los ojos cerrados y su cuerpo abrazado al de su mujer, guiándoles a ambos hasta chocar con la puerta. Sarah notó la humedad en su rostro y se apartó unos centímetros de él. Robert estaba llorando, con el semblante empapado, mientras la miraba con una dulzura indescriptible.

— Esperaba que vieras mi cara...  
— volvió a murmurar, canturreando entre lágrimas.

— Y te hiciera recordar...  
— terminó ella, mientras le secaba el rostro, enternecida y protectoramente.

Sarah volvió a besarle con profundidad, con ansia y pasión. Mientras aquel instante presenciado por el firmamento soñaba con no alcanzar final, Sarah descendía la cremallera del abrigo de su marido y comenzaba a desnudarle, excitada. Él la imitó, mientras le proporcionaba un reguero de besos por el rostro y el cuello.

— Mi Sarah... — musitó con voz ronca.

Desnudos, con las puertas del coche abiertas de par en par, comenzaron a tocarse con delicadeza. Robert rezó a los mismos dioses la misma plegaria que semanas antes les había suplicado: que le devolviesen a su mujer. Y Sarah, completamente dejada al instante, tan solo era capaz de observar al hombre herido, débil, inseguro pero enamorado que tenía en frente. Robert la tocaba con una delicadeza extrema, como si contuviese las ansias por miedo de dañarla de alguna manera. Ella, en cambio, tan solo deseaba tenerle,

sentirle, amarle. Se colocó sobre su regazo y notó cómo se introducía suavemente en su interior, cómo sus dos cuerpos se unían para formar un mismo ser, una misma persona.

Aquella noche, cuando regresaron a su hogar, Robert y Sarah volvieron a hacer el amor, una y otra vez, hasta quedarse dormidos el uno junto al otro.

## Capítulo 9

Cuando se despertó, estaba sola en la habitación. Eran las once de la mañana y supuso que Robert habría bajado para comenzar con los preparativos de la comida, porque en unas horas (o quizás menos) Anna y Margot aparecerían por allí como el día anterior.

Se dio una ducha rápida y se vistió unos vaqueros y una camiseta de manga larga. Aquella mañana se había despertado destemplada y no conseguía entrar en calor. Además, después de la noche que habían pasado, le dolía el cuerpo, sentía las extremidades y las articulaciones entumecidas y, por muchas horas que hubiese dormido, no lograba desprenderse de la sensación soñolienta que tenía incautada su mente.

Estaba a punto de abandonar el dormitorio cuando el teléfono móvil, con la luz verde de carga



completa, captó su atención. El día anterior, lo había dejado cargando y se había olvidado por completo de él. Sin poder contener la curiosidad, se sentó en la cama y pulsó el botón de encendido. No tenía clave ni pin de bloqueo, así que el teléfono emitió una serie de pitidos, uno detrás de otro, mientras la pantalla principal con una enorme foto de Margot se iba cargando y llenando de mensajes y llamadas sin responder.

Se sorprendió al comprobar que la mayoría de las llamadas eran de Anna y de su madre, Evelyn. Excepto las de un número,

guardado como “Consulta. D.C” que se repetía varias veces. No pudo contenerse y pulsó el botón de llamada.

— Buenos días — respondió una voz femenina al otro lado del teléfono —, consulta del doctor Clarkson.

— Buenos días — se aventuró Sarah, sin saber muy bien qué decir —. Me gustaría saber si tengo alguna.., alguna cita pendiente con ustedes.

La recepcionista guardó silencio mientras intentaba comprender a qué se refería su interlocutora.

— Veamos, dígame sus datos y lo comprobaré en el sistema.

— Sí, me llamo Sarah, Sarah White.

— Si es tan amable, ¿podría indicarme su número de identificación personal o un teléfono de contacto del que dispongamos?

Sarah lo pensó. No se sabía su número de identificación y tampoco conocía su número de teléfono.

— Bueno, supongo que el número de contacto es el mismo desde el que llamo — dijo, insegura —, pero no me lo sé de memoria.

— ¿Y su número de identificación personal? — inquirió la recepcionista.

— Tampoco.

Sarah escuchó el sonido de las teclas de un ordenador a través del auricular del teléfono.

— Ya veo... — respondió la mujer. Se quedó en silencio casi un minuto.

— Sarah White, ¿verdad?

— Sí.

— Aquí está — dijo, pensativa — la última cita a la que acudió fue el veinticuatro de noviembre del año

pasado. Se le llamó varias veces porque dejó pagadas las consultas semanales hasta final de año, pero el mes de diciembre no acudió a ninguna de las citas programadas.

— ¿El veinticuatro de noviembre?

— repitió, mientras su cabeza procesaba aquella fecha.

La fecha del accidente.

— Así es... ¿No lo recordaba?

— Debió de dejarlas pagadas mi marido — respondió con rapidez, procurando excusarse —, y hace varios meses que no usaba este teléfono.

— Ya...

— Bueno, muchas gracias por la ayuda.

— De nada. Que tenga un buen día.

— Igualmente.

Y colgó el teléfono.

¿Qué significaba aquello? ¿Las consultas pagadas hasta fin de año?

¿Qué consultas?

Antes de bajar, revisó más a fondo el teléfono por si encontraba alguna otra pista que le resultase de ayuda; pero por desgracia, no había nada más. Silenció el teléfono, mientras descendía las escaleras, y se lo

guardó en el bolsillo.

Se sentía dolida con Robert y la sensación de felicidad que se había instalado débilmente en ella desde la noche anterior, había desaparecido de un plumazo. Se sentía engañada.

— ¡Buenos días! — saludó él, entusiasmado, mientras removía algo en los fogones — . He pensado en repetir pollo guisado, a ti te gustó y sé que a Margot también le encanta... Es lo único que come cuando la sacas del arroz y la pasta — rió.

Sarah no respondió.

Tenía demasiadas incógnitas merodeándole por la cabeza y ni siquiera le prestaba atención a lo que decía. Se sentó en la mesita, se apoyó sobre los hombros y se quedó así, pensativa, largos minutos.

Robert, que se había despertado repleto de felicidad, no tardó demasiado en captar el cambio de actitud de Sarah. Se preguntó qué podía haber hecho mal para provocarlo, pero no fue capaz de sacar ninguna conclusión. ¿Qué le podía haber molestado? ¿Quizás que no la despertase para



desayunar?

— ¿Qué ocurre? — preguntó con preocupación.

Ella negó moviendo la cabeza de un lado al otro, silenciosamente.

— Sarah, dime — insistió — , ¿qué te ocurre?

Ella no respondió, ni siquiera le miró.

Se levantó de la silla, pensativa, y comenzó a caminar hacia el salón.

— Voy a leer un rato — dijo, dándole la espalda.

Cuando se quedó a solas, se

preguntó si acaso estaba comportándose de manera injusta con él. Al fin y al cabo, parecía esforzarse, aunque... ¿Estaba siendo realmente sincero con ella? ¿O quizás se estaba aprovechando de la situación? ¿Por qué no le había hablado del doctor Clarkson? ¿Debía preguntar al respecto o esperar a que él se sincerase?

Suspiró hondo y se sentó en el sofá, alicaída. Cuando alzó la vista, fue consciente de que, desde aquel punto del salón, se podía ver la cocina gracias a la estructura abierta de la casa. Sarah se levantó y se dirigió al pequeño escritorio

de la biblioteca. Estaba tan enfadada y tan disgustada que sentía la necesidad de perderle de vista.

Abrió su libro y regresó con Marlow a las colonias africanas, olvidándose de todo por unos instantes y perdiéndose en la profundidad de la lectura y las palabras de J. Conrad.

Casi una hora después, el teléfono fijo de la casa comenzó a resonar con fuerza, no solo distrayéndola del relato, si no asustándola y sobresaltándola. Sarah pegó un respingo contra el escritorio, derribando estrepitosamente el

contenido íntegro de la balda bajera del mueble. Mientras recogía el papeleo del suelo, escuchó la voz de Robert responder la llamada en la lejanía.

Entre el revoltijo de facturas y pagarés, una libreta que parecía fuera de lugar captó su atención.

— ¡Ah, hola, Anna!

La abrió por la primera página y leyó anonadada lo que contenía.

24/11/2016

~~¿Me está engañando con otra mujer? ¿Dónde está?~~

No sé qué ocurre entre nosotros, pero ninguno de los dos es feliz.

Ninguno de los dos es feliz desde hace mucho tiempo, ninguno de los dos tiene ganas de dirigirle una buena palabra al otro. Ninguno nos queremos cerca.

~~Creo que Robert no me quiere.~~  
Robert ya no me quiere como antes.

¿A dónde va cuando sale de trabajar?

¿Era su letra? Agachada aún, estiró la mano hasta el escritorio y alcanzó un bolígrafo. “No sé qué ocurre...” escribió, justo debajo de

la anotación. Era su letra. Aquellas palabras las había escrito ella y, además, lo había hecho el día del accidente.

Escuchó los pasos secos del caminar de Robert aproximándose a ella y cerró el cuadernillo de golpe.

— Es Anna — dijo, mientras le tendía el teléfono — , quiere hablar contigo.

Ella asintió y agarró el aparato sin alzar la vista.

Esperó unos segundos a que Robert se alejase lo suficiente como para que no la escuchara hablar, y cuando lo perdió de vista,

respondió.

— Anna...

— ¡Sarah! — exclamó su hermana con energía e ilusión — . Mira, sé que igual es mucho pedirte, pero Alex y mamá no aguantan más sin verte y hemos pensado que...

— Anna — interrumpió, con voz apagada — , ven a buscarme, por favor.

— ¿Cómo? — preguntó, sorprendida.

— Necesito salir de aquí..., ven a buscarme, por favor.

— ¿Sarah? ¿Qué ha pasado?

Notó la preocupación en el tono de su voz; parecía asustada.

— No ha pasado nada, pero necesito salir de aquí, por favor — murmuró en voz baja, mientras se aseguraba de no ser escuchada — , no me siento bien en esta casa. No me gusta.

Anna sopesó la información.

— Ahora mismo voy, Sarah.

Mientras metía la ropa más básica en bolsas, Robert la miraba desde el umbral de la puerta con los brazos en jarras y el semblante



confuso. Tenía los ojos encharcados y parecía a punto de derrumbarse y echarse a llorar, pero no lo hacía. Aguantaba el tipo mientras observaba cómo Sarah recogía sus pertenencias para abandonarle. No lo entendía, no sabía qué sucedía y cómo era posible que todo hubiese cambiado en tan poco tiempo.

— Dime algo.

Sarah notó la suplica en el timbre de su voz.

— Es que no puedo decirte nada  
— respondió, alterada, mientras continuaba metiendo la ropa en el interior de la bolsa.

¿Por qué narices tenía tanta ropa interior? ¿Y cuánto tardaría Anna en llegar? Se estaba poniendo nerviosa.

— Si hice algo mal ayer, yo...

— No hiciste nada mal, no es eso.

Robert caminó hasta ella, pero no tuvo agallas para detenerla. En cambio, se sentó en los pies de la cama y se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer.

— Pues entonces dime qué ocurre.

Sarah meditó la respuesta unos segundos, sin detenerse.

— Necesito irme, necesito estar

con mi hermana y conocerla...  
Necesito saber quién soy, Robert.

Él no respondió.

Sarah era consciente de la ridiculez de sus palabras, pero no quería decirle la verdad. No quería llamarlo mentiroso, no quería provocar una discusión absurda que alargase su estancia allí más de lo necesario. No quería confesarle que siempre había dudado de su sinceridad; desde el mismísimo instante en el que había despertado en el hospital. Tampoco quería contarle que sospechaba que en el pasado la había sido infiel, que no

la había amado, ni respetado. Solo quería marcharse y quería hacerlo lo antes posible.

— Pídele que se quede en casa...

— dijo, dubitativo — , que vengan una temporada aquí.

Ella negó.

— No puedo explicarlo, Robert, pero necesito marcharme.

Anudó la bolsa y salió del dormitorio en el mismo instante en el que el claxon del coche de su hermana resonaba estrepitosamente tres veces seguidas.

— Por favor, Sarah...

— Lo siento mucho.

# Capítulo 10

Dicen que las hermanas gemelas comparten una especie de conexión especial. Sarah pensaba que era cierto, pues desde que había despertado del coma su hermana había sido la única persona con la que había sentido algún tipo de conexión.

Aquella tarde, mientras tomaban té

con limón en el porche trasero de la casa de Anna y Margot jugaba en su casita del jardín, Sarah se preguntó hacia dónde avanzaba su vida y no supo responderse. Por ahora, estaba bien en aquel lugar.

— Cuéntame qué ha pasado, por favor... — suplicó su hermana.

No quería insistirle.

Sabía que Sarah estaba pasando por momentos duros y que presionarla no conllevaría ningún tipo de ayuda.

— No le conozco, Anna — explicó ella — , no sé quién es, ni por qué estoy con él. Además creo que me

oculta cosas y no termino de fiarme.

Su hermana suspiró.

— ¿Qué has descubierto?

Sarah sopesó la pregunta. ¿Cómo sabía que había descubierto algo?

— Creo que me engañaba con otra.

— ¿Por qué piensas eso?

Anna rellenó el vaso de limonada, expectante, mientras vigilaba a Margot. La niña se estaba entreteniendo podando todas las margaritas que habían crecido en el jardín.

— Lo escribí en una libreta el día del accidente — respondió



pausadamente — , creo que aquel día comencé a escribir una especie de diario.

— ¿Y qué ponías en él?

— Que Robert no me quería, que no entendía qué hacía con él, que no sabía a dónde iba después de trabajar y..., me preguntaba si estaría con otra mujer.

Obvió el detalle de que la frase estaba tachada.

Sarah estaba convencida de que el tachón no significaba que no pensase en ello, si no que era algo demasiado doloroso de ver escrito. Creía sinceramente que por eso lo

había borrado.

— ¡Uff! — resopló Anna, impresionada por las palabras — . Si te soy sincera, creo que tendría que haberte avisado en el hospital, antes de que te marchases a casa.

— ¿Avisarme de qué?

— De que podrías encontrar algo semejante a lo que has encontrado — explicó — . Robert y tú no estabais muy bien, no. Llevabais varios meses pasando una mala racha y cada día parecía ir a peor. Creo que el divorcio había estado sobre la mesa en un par de ocasiones, pero parecía que no te

decidías a actuar. El verano pasado, sufriste una depresión y comenzaste a visitar un psicólogo.

— El doctor Clarkson...

— murmuró Sarah.

— Así es, aunque creo que no te servía de mucho.

Margot apareció, completamente embarrada, frente a ellas.

— Tía Sarah, ¿me das limonada?

Ella asintió, feliz.

— Claro que sí, preciosa mía.

Anna frunció el ceño mientras observaba, disgustada, a su hija. ¿De verdad no era capaz de

comportarse como el resto de las niñas? ¿Tenía que ensuciarse, jugar en el barro y trepar descalza por los árboles? A veces parecía más un chimpancé que una niña. Mientras se alejaba dando saltitos hacia la casita del jardín, Anna pensó que aquel podía ser un buen día para visitar la feria de atracciones y distraer a su hermana de tantas preocupaciones.

— ¿Por qué dejaste que me marchara con él?

La pregunta la pilló desprevenida. Anna dudó qué responder, pero al final pensó que lo mejor sería ser

sincera.

— Porque es tu marido y porque sé que te quiere. Aquella noche, la del accidente, me contaste que estabais peor que antes. Yo te aconsejé el divorcio y tú me dijiste que sería tu última opción. No estabais bien, no os llevabais bien, pero..., pero aún así, mientras estabas postrada en la cama del hospital, él estuvo a tu lado día y noche — hizo una pausa para observar la reacción de su hermana, que giraba el vaso de limonada entre las manos con expresión contrariada — . ¿Qué te parece si nos acercamos a la feria?

— propuso, cambiando radicalmente de tema — , creo que podría ser un buen plan.

Margot, que había estado entretenida hasta aquel instante, escuchó la palabra mágica — feria — y alzó la mirada hacia ellas.

— ¿Vamos, vamos..., vamos? — preguntó con impaciencia.

— ¿Quieres ir? — preguntó Sarah.

A pesar de que la respuesta era más que obvia, Margot comenzó a saltar con los brazos en alto mientras gritaba de emoción.

— Estará feliz el resto del día

— señaló Anna.

El día había salido soleado y el estado anímico de Sarah comenzaba a dar un giro. Tener a una niña de seis años revoloteando a tu alrededor era la mejor terapia de todas para olvidar preocupaciones.

Llegaron tarde a la feria y la mayoría de las personas que habían pasado allí el día comenzaban a marcharse. Gracias a ello, no tuvieron demasiados problemas a la hora de encontrar aparcamiento cerca de la entrada principal.

— ¿Preparada para redescubrir a la

caprichosa de tu sobrina?  
— bromeó Anna, observando a su hija correr de un lado al otro, entusiasmada.

Sarah soltó una carcajada, pero no tardó demasiado en comprender que aquella broma tenía un noventa y nueve por ciento de verdad absoluta.

Nada más cruzar la primera atracción, comenzó a protestar y a tirar de la camiseta de su madre, pidiéndole montar.

— Hay muchas, ¿por qué no esperas a ver todas y eliges las que más te gusten?



La niña dibujó un mohín, se plantó con los brazos en jarra y comenzó a hacer pucheros mientras negaba rotundamente con un movimiento de cabeza.

Anna, que parecía estar acostumbrada a aquella situación, suspiró hondo con los ojos en blanco.

— Venga, vale — aceptó, mientras le entregaba un billete de cinco dólares — . Ve a por la entrada y tráeme las vueltas.

A la pequeña se le pasó la rabieta en un abrir y cerrar de ojos.

Agarró el billete y corrió hacia la

ventanilla de la atracción.

— Me ha parecido que está muy unida a Robert — señaló Sarah, mientras observaba cómo su sobrina se montaba con total independencia en uno de los sillones.

El inspector de la atracción pasó por delante de ella y corroboró que el cinturón y la barra de emergencia se encontrasen en la posición correcta. Cuando se marchó, Margot se giró hacia su madre y su tía y saludó con un enérgico movimiento de su mano.

— Sí, Margot quiere mucho a

Robert — confesó Anna,  
devolviéndole el saludo a su hija  
— , la verdad es que siempre se lo  
pasa en grande con él. Te habrás  
dado cuenta de que no es como el  
resto de las niñas...

Sarah, incapaz de comprender a qué  
se refería, negó.

— Bueno, ella es diferente. Más  
bruta — rió, mientras evocaba los  
pantalones embarrados de su hija  
— . No le gusta sentarse a jugar con  
las muñecas ni le gusta fingir que es  
la hora del té. A ella le gusta lo  
mismo que a los chicos. Incluso me  
atrevería a decir que lo mismo que

a los chicos más mayores que ella.

Sarah asintió, en silencio.

La atracción se había puesto en marcha y la niña gritaba con las manos alzadas al viento. Parecía que se lo estaba pasando en grande.

— Le gusta el fútbol, coger renacuajos en el río, trepar por los árboles..., ya sabes. Lo mismo que te gustaba a ti — rió Anna.

— ¿En serio? — preguntó, sorprendida.

— No, era ironía. Tú eras todo lo contrario... La niña de los vestidos y los zapatos.

En aquel instante, el columpio en el que iba Margot pasaba por delante de ellas mientras la pequeña pegaba saltos en el asiento, gritando. Anna pegó un respingo, asustada.

— ¡Margot! — gritó, enfurecida —  
¡Cómo no te estés quieta nos vamos a casa!

Sarah soltó otra serie de carcajadas, completamente divertida.

La atracción llegó a su fin y ambas se relajaron cuando Margot tocó tierra firme. La niña, completamente encantada con la

situación y la experiencia, salió disparaba para investigar las siguientes atracciones, ignorando por completo la reprimenda de su madre.

— ¡No te alejes mucho, Margot!  
— gritó Anna, observando cómo su hija se escabullía entre el gentío.

— Mañana estarás afónica  
— señaló Sarah, divertida.

Anna la agarró del brazo, mientras suspiraba profundamente, y ambas se echaron a reír.

Una hora y tres atracciones después, decidieron acercarse a las campas de las actuaciones. Habían

visto en un cartel que los payasos de la feria realizaban un espectáculo para los más pequeños y pensaron que podría resultar un buen entretenimiento para la niña. Cuando llegaron, la campa estaba abarrotada de padres y niños. Anna cogió a Margot en brazos y, esquivando pies y manos, comenzó a caminar entre los niños que estaban sentados para pasar a su hija al fondo. Encontró un hueco en segunda fila detrás de un niño bastante pequeño — Margot era bajita — y la dejó ahí.

— Pórtate bien o nos vamos a casa

— amenazó, aunque sabía perfectamente que aquella amenaza había perdido su efectividad hacía muchísimo tiempo — . Mamá y la tía Sarah estaremos ahí detrás, ¿vale?

La pequeña asintió y Anna retrocedió entre los niños hasta llegar a su hermana gemela.

— ¿Crees que se portará bien?

— No — negó Sarah, sonriente — , creo que no lo hará.

Diez minutos después de que comenzase el espectáculo, se sorprendieron al comprobar que Margot había quedado totalmente



inmersa en él. No se movía ni un centímetro y mantenía la mirada clavaba en los payasos de la nariz verde, incapaz de distraerse.

Anna y Sarah aprovecharon el descanso para beber sidra en la caseta que tenían detrás.

— ¿Cuánto tiempo podré quedarme en tu casa?

— ¿Estás bromeando? El tiempo que necesites y quieras

— murmuró — , mi casa siempre será tu casa.

Sarah lo aceptó, encantada.

No tenía ninguna gana de volver con Robert.

— Sé que algún día tendré que regresar con él y hablar las...

— No si tú no quieres — le cortó.

— Pero es mi marido — señaló Sarah, confusa —, tendré que hacerlo y aceptar la situación. Pero ahora mismo no me siento preparada... Después de todos los engaños que he descubierto... No quiero verle.

Anna asintió, comprensiva.

— Además, estoy pensando en coger cita con el psicólogo. Quiero recuperar las riendas de mi vida antes de tomar ninguna decisión.

Su hermana, que parecía entenderla por completo, alargó la mano hasta su brazo en señal de apoyo.

— Mamá, papá y Alex están deseando verte — murmuró.

— Yo también deseo conocerles.

La tregua de Margot no duró demasiado.

Las dos hermanas, distraídas, no fueron conscientes de que el espectáculo había alcanzado su final. Los payasos habían repartido entre los niños globos de agua y la campa se había llenado de pequeños que se lanzaban globos entre sí y habían formado una

batalla campal. Decidieron separarse para dar con Margot con mayor rapidez y Sarah se dirigió hacia la parte derecha de la campaña mientras esquivaba los globos que se habían desviado de su trayectoria original. Encontró a Margot en el mismo instante en el que su sobrina le lanzaba un enorme globo a un niño en la cara. Observó el proceso sin poder interrumpirlo, mientras el globo explotaba en la carita del niño y éste se echaba a llorar con las manos en el rostro mientras Margot daba saltos de alegría.

— ¡Margot! — gritó, enfadada.

No quería ser ella la que la riñese, porque tenía la sensación de que si lo hacía su sobrina le cogería manía; pero no le quedaba más remedio. El padre de la criatura se había acercado, preocupado por su hijo, y examinaba a Margot con cara de asesino.

— ¡Pero qué haces! — exclamó Sarah, enfadada, mientras agarraba a la pequeña del brazo — . ¿Por qué le has tirado el globo a la cara?

La niña se encogió de hombros, fastidiada. Le habían parado los pies y lo único en lo que pensaba

era en seguir jugando.

— ¿No ves que le has hecho daño?

— repitió, con voz más calmada, mientras el padre se acercaba a ellas — . Vete ahora mismo a pedirle perdón...

Margot, cohibida, asintió con la cabeza y comenzó a caminar hacia el niño.

— Tranquila — le dijo el hombre — . No pasa nada, es cosa de niños.

Sarah asintió sin saber qué responder mientras escuchaba a su sobrina disculparse.

— Por cierto... — continuó, sin apartar la mirada de ella — ¿Nos conocemos de algo?

Sarah alzó la mirada, sorprendida, mientras lo examinaba.

Aquel tipo de ojos verdes y cabello castaño claro no le sonaba de nada.

— No, creo que no — dijo sin convicción —. Creo que te recordaría.

Tuvo que reprimir una risita nada más soltar la frase. El padre del niño, confuso, fruncía el ceño mientras la escrutaba de hito a hito.

— Sí... — murmuró, pensativo —

¡Ya lo sé! ¡Eres la chica del incidente de moto!

En aquel instante, Margot se acercó hasta ella.

— Tía Sarah, ¿puedo seguir jugando? — preguntó, con la mejor voz de niña buena que fue capaz de entonar.

— Sí, pero no te vayas muy lejos, ¿vale? Mamá nos está buscando.

Ella asintió y salió corriendo para introducirse entre la muchedumbre de niños.

— ¡Sarah! — exclamó el hombre — . ¡Claro que sí!



Ella dibujó una mueca de desconcierto.

— Lo siento, pero no te recuerdo...

— Es normal, ha pasado mucho tiempo — puntualizó —, el año pasado coincidimos en un accidente de tráfico, ¿no lo recuerdas?

Ella negó, mientras se preguntaba por qué siempre resultaba involucrada en accidentes de tráfico.

— Soy Mathew — continuó, mientras alargaba su mano.

— Un placer conocerte, Mathew.

En aquel instante, Anna aparecía

con la frente sudada.

— Esta niña es un demonio...

— musitaba, enfadada.

Sarah le devolvió una sonrisa incómoda, señalando con un gesto de cabeza a su nuevo acompañante.

— Mathew, ésta es mi hermana, Anna.

— Es evidente — puntualizó, sin poder pasar por alto el parecido que compartían. Eran dos gotas de agua.

Anna le dedicó una leve sonrisa, antes de salir corriendo tras Margot, que había comenzado a

saltar en la tierra embarrada que se había formado por el agua de los globos.

— Menuda pieza tenéis en casa...

— Sí, lo es.

Mientras Margot corría de un lado al otro y Anna la perseguía, Sarah pensó en la energía que tenía que poseer su hermana para poder soportar los días como aquel.

— Papi, quiero montar en el dragón — dijo el niño, mientras tiraba de la camiseta de Mathew.

El hombre sonrió y se agachó para quedar a su altura.

— Papá está hablando con la señorita, cuando se despida de ella, iremos, ¿vale?

El niño, formal, asintió y le agarró la manita en silencio. Sarah se sorprendió de lo diferente que era a Margot. Su mirada chocó con la de Mathew unos segundos y se sorprendió ruborizándose. Él sonrió abiertamente, sin poder dejar de observarla.

— ¿Te gustaría quedar algún día, Sarah? — preguntó, al final, rompiendo el instante que se había formado entre ellos — . La feria durará hasta el domingo y... bueno,

quizás os apetecería a tu hermana y a ti un poco de compañía.

Ella se encogió de hombros sin saber qué responder.

¿Aquel desconocido le estaba proponiendo una cita? Pensándolo bien, quizás tan solo buscase alguien con quien regresar a la feria.

— Bueno, tendría que hablarlo con mi hermana antes y...

— Toma — interrumpió, entregándole una tarjeta — . Mañana regresaremos, le he prometido a Tommy que vendríamos toda la semana

— contó, sonriente —, si por casualidad os acercáis, será un placer recibir vuestra llamada.

Sarah examinó la tarjeta con el número de teléfono. Bueno, en realidad, aquello no tenía nada de malo.

— Se lo comentaré a mi hermana.

Él asintió, feliz, antes de marcharse con su hijo hacia la caseta del dragón.

Mientras esperaba a que su hermana diese caza a Margot, se sorprendió preguntándose si Mathew estaba casado.

No tardó demasiado en eliminar

todos aquellos pensamientos. Bastante tenía con organizar su vida y su matrimonio, como para centrarse en terceros que no tenían nada que ver con ella.

A las ocho de la tarde, mientras el cielo se oscurecía y la feria comenzaba a vaciarse, decidieron regresar al hogar. Margot viajaba dormida en el asiento trasero, completamente agotada con el ejercicio físico que había realizado a lo largo del día.

Sarah aprovechó el instante a solas para comentarle a su hermana la proposición de Mathew.

— Genial, creo que será más sencillo entretener a tu sobrina si hay otro niño por medio...  
— señaló.

Y después cambiaron de tema. Hablaron de sus padres, de Alex, de la cena, de la casa, etc. Incluso hablaron, muy por encima, del padre de Margot. Anna le contó que fue un embarazo no deseado y que él decidió no hacerse cargo ni responsable desde un principio.

— Pero no pasa nada, nosotras dos nos las apañamos muy bien solas.

Sarah pensó en la valentía de su hermana y, por un instante, se sintió



muy orgullosa de ella.

Nada más girar la curva de derechas que daba a la calle de su hermana, Anna palideció y enmudeció. Margot continuaba dormida en la parte de atrás.

— Está Robert... — musitó su hermana.

Sintió cómo se le paraba el corazón.

— ¿Cómo dices?

Anna estiró el brazo, señalando el vehículo.

— Su coche.

Y efectivamente, allí estaba él,

sentado en las escaleras de la entrada, con los hombros apoyados sobre las rodillas y el gesto de cansancio y abatimiento impreso en el semblante.

— Si quieres, puedo pedirle que se marche — propuso Anna, mientras aparcaba el coche frente a él.

— ¿Lo harías?

— Sí — musitó —, entiendo que no te sientas preparada para verle.

Ella asintió.

— Gracias.

Anna abandonó el vehículo sin saber muy bien qué le iba a decir a

su cuñado. Aunque entendía perfectamente cómo se sentía su hermana, era incapaz de obviar el gesto de angustia que reflejaba el rostro de Robert.

Él se levantó de las escaleras y se acercó hasta a Anna, saludando con una débil sonrisa.

— No es buen momento, Robert...

Él asintió.

— Solo necesito hablar con ella un segundo y me iré. Lo prometo.

— Pero no es buen momento, de verdad — insistió Anna.

Sarah, de mientras, había pasado de

un salto a la parte trasera y había comenzado a desatar a la pequeña Margot, procurando mantenerse ocupada y no prestarle atención a los sucesos del exterior. La niña, adormilada, había comenzado a retorcerse con pequeños quejidos, negándose rotundamente a abrir los párpados.

— Un segundo, nada más.

— No quiere verte — susurró — , está confusa, Robert. No se reconoce ni a ella misma y necesita tiempo.

Él frunció el ceño en una mueca de dolor.

— Pero no puedo estar sin ella...

— musitó, mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por su mejilla — . He sufrido mucho, no quiero estar sin ella, yo..., yo no puedo.

Anna se acercó hasta él y lo abrazó.

— Necesita tiempo, y no dárselo no hará que las cosas mejoren — le dijo con voz calmada, como cuando intentaba hacerle entender algo a Margoty se ponía testaruda — . Tienes que ser paciente.

— Ayúdame, Anna...

# Capítulo 11

Aquella noche, mientras estaba tumbada en la cama, no era capaz de apartar los ojos de la lámpara del techo. Tenía la cabeza a mil vueltas por segundo y no conseguía conciliar el sueño ni borrar a Robert de sus pensamientos. ¿Se estaba comportando bien? ¿Estaba haciendo lo correcto? Una cosa tenía clara; en casa de Anna se sentía mucho mejor. Su hermana, a

diferencia de él, no quería enseñarle quién era. No le decía qué era lo que le gustaba y qué no, ni cómo se tenía que comportar. No saltaba en lágrimas si se comportaba de la forma esperada, simplemente, estaba a su lado y se mantenía a distancia mientras ella descubría qué le agradaba y qué no. Pensó que, después de todo, cabía la posibilidad de que la antigua Sarah jamás regresase.

Cuando por fin logró adormecerse, su último pensamiento no fue dirigido a Robert, si no a Mathew.

La mañana siguiente, aprovechando el buen tiempo que había salido, prepararon un par de bocatas y se decidieron a pasar el día en la feria. Margot parecía todavía más entusiasmada que el día anterior, cosa que alegró a Sarah.

De camino a la feria decidió, a pesar de todo, que lo mejor era no enviarle ningún mensaje a Mathew. Aunque Anna insistió en que sería divertido que Margot tuviese compañía, Sarah desechó la idea. Era evidente que, si le había dado su número de teléfono, había sido con una segunda intención.



Aquella mañana el cuerpo de policía del pueblo había organizado un partido de beisbol benéfico entre padres y niños y habían montado una pequeña carpa en la campa de los espectáculos. Aprovechando que casi todos los presentes se habían concentrado allí por el partido, las dos hermanas decidieron dirigirse a las casetas de comida y artículos artesanales y disfrutar un poco de la tranquilidad que éstas emanaban.

Veinte minutos después, disfrutaban de un perrito caliente mientras Margot aprovechaba la escasa cola de las atracciones para montar en

una y en otra. Como era el día especial de la feria, el precio de las entradas no llegaba a una libra y Anna le había concedido carta blanca mientras se comportase correctamente; cosa que la niña parecía aprovechar al máximo. Cuando una atracción terminaba su recorrido, ella se bajaba de un salto y corría a la siguiente con la papeleta preparada en la mano.

Así pasaron la mañana y el mediodía, de un lado al otro, hasta que llegaron a la atracción del dragón y se encontraron con Mathew. Anna le saludó con total

naturalidad pero Sarah sintió que se moría de vergüenza. Lo último que había esperado, teniendo en cuenta la amplitud del lugar, era encontrarse con él.

— Supongo que estarías a punto de enviarme el mensaje — bromeó, mientras se saludaban.

Sarah asintió y rió, con una de esas risas nerviosas que delatan la incomodidad que siente la gente.

— Tommy no quiere bajarse del dragón — señaló, mientras saludaba con la mano a su hijo, que estaba sentado en primera fila con los ojos abiertos como dos

naranjas.

— ¡Qué suerte! Margot no quiere quedarse en el mismo sitio ni un solo segundo...

Los tres se echaron a reír mientras observaban a la niña correr hasta Tommy y sentarse junto a él. Sarah se quedó anonadada con la capacidad de reconciliación que mostraron los dos. A pesar del pequeño “incidente” del día anterior, los niños reían y saltaban juntos en el asiento como si se conocieran de toda la vida.

A las cinco de la tarde, los tres habían hecho tan buenas migas

como los dos pequeños. Mathew estaba divorciado, se había mudado desde Arizona con su hijo y llevaba un año viviendo allí. Anna le contó que también estaba separada, aunque procuró no entrar en detalles sobre el padre de Margot, y Sarah decidió guardarse su historia para ella misma. No se sentía en confianza como para explicarla en voz alta. Mathew parecía un buen hombre y Sarah no tardó demasiado en comprender que ella no era la única que lo pensaba. Su hermana parecía totalmente embobada con él.

A las siete de la tarde, con el cielo

anaranjado sobre sus cabezas y después de haber merendado otra ronda de perritos calientes y manzana caramelizada, decidieron despedirse hasta el día siguiente. Margot y Tommy se lo habían pasado tan bien que ambos padres quedaron en encontrarse en el puesto de la heladería a las cuatro de la tarde del próximo día.

— Parece muy majo — dijo Anna, mientras regresaban a casa en el coche — y es muy guapo.

Sarah asintió con una sonrisa pícaro en el rostro.

— Pues ya sabes qué hacer

— señaló, divertida.

Su hermana soltó una estrepitosa carcajada antes de responder.

— Lo haría, te lo aseguro. Pero no se ha fijado en mí...

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque no te ha quitado los ojos de encima en toda la tarde.

Sarah negó rotundamente.

— No digas tonterías, anda...

Una vez más, Margot había caído rendida en los brazos de Morfeo en la sillita de atrás, agotada del trote del día. Y una vez más, Robert esperaba en las escaleras de la

entrada con el rostro descompuesto. Sarah sintió cómo un nudo de angustia y presión se le formaba en la boca del estómago. ¿Tan difícil era comprender que necesitaba comenzar y rehacer su vida? ¿Descubrirse a ella y pasar tiempo sola?

Aquella segunda vez, a Anna se le hizo todavía más duro y complicado echar a su cuñado. Era evidente, por su aspecto y sus ojeras marcadas, que lo estaba pasando realmente mal. Él se negaba a marcharse sin poder hablar con su mujer y, ella, confusa



y sin saber qué decirle, le pedía que le concediese tiempo para recuperarse.

— ¡No puedo! — gritaba Robert, angustiado.

El intercambio de voces despertó a la pequeña que, nada más ver a su tío Robert, saltó de la silla y salió corriendo a sus brazos.

— ¡Tío Robert! — gritó, entusiasmada — ¡Hemos estado en la feria!

Él le besó la mejilla con dulzura, mientras clavaba la mirada en el cristal trasero del coche; en Sarah.

— ¿No piensas salir? — preguntó, dirigiéndose a ella — ¿No vas a darme la oportunidad de hablar contigo?

Sarah, agobiada, angustiada pero, por encima de todo, confundida, salió del coche y se dirigió hacia ellos. Robert pareció calmarse de golpe y los tres adultos entraron en la casa. Margot, emocionada, no dejaba de contarle a su tío lo bien que se lo había pasado en la feria con Tommy mientras su madre preparaba té.

— Venga, despídete del tío y sube a lavarte los dientes, que es muy

tarde — regañó Anna, mientras observaba el grado de hiperactividad que mostraba su pequeña y sopesaba cuánto le costaría dormirla aquella noche.

La niña dibujó un mohín en el rostro.

— ¿Puedo quedarme un poquito más? — preguntó — . Cinco minutos, mamá.

Anna negó.

— ¡A lavarte los dientes ahora mismo o mañana no iremos a la feria!

Se sorprendió de la efectividad de

su amenaza cuando su hija saltó del regazo de su tío y corrió escaleras arriba. Realmente le había entusiasmado aquello de la feria.

Cuando el té estuvo listo, se marchó a arriba para asegurarse de que su hija cumplía su palabra, ofreciéndoles un instante de privacidad. Anna rezó porque aquella conversación acabase en un buen puerto y no en una discusión.

Robert jugueteó con la cucharilla del té, nervioso. No sabía cómo comenzar la conversación ni qué debía decir. Tan solo esperaba dar con las palabras correctas para

hacer entrar en razón a su mujer.

— Sé lo que me vas a decir — dijo Sarah, rompiendo el silencio —, esperaba que no me obligases a tomar una decisión tan pronto...

— ¿Una decisión?

— Sí.

— ¿Qué decisión? — repitió él, sin querer entender a lo que se refería.

— No voy a volver, Robert.

Las palabras de Sarah fueron como cuchillos.

Él no respondió, continuó removiendo el líquido verdoso con la cucharilla, sin saber aún qué

decir para convencerla. ¿Y si la chantajeaba? ¿Y si se echaba a llorar? ¿Qué funcionaría? No podía volver a casa sin ella, otra noche no. Sabía de sobra que no lo soportaría, que se estaba volviendo loco.

— ¿Por qué cambiaste de idea?  
— dijo, al fin.

Ella se encogió de hombros.

— No fue por nada que tú hicieras  
— mintió — . La noche que pasamos juntos fue muy especial, Robert. Pero siento que allí, en aquella casa encerrada, no tengo opción a conocerme a mí misma.

— ¿Y en esta casa si?

Ella suspiró.

— Estoy pensando en buscar un alquiler para mi sola — explicó —, sé que tengo que hablarlo contigo y que no sé de los ingresos de los que dispongo, pero mi familia podría ayudarme y...

— ¡Yo soy tu familia! — exclamó, propinándole un golpe con el puño a la mesa de la cocina.

Sarah sintió que el corazón se le aceleraba.

— No voy a volver... — repitió ella.

¿Pero cómo iba a volver con alguien de quien no se fiaba? ¿Alguien que, posiblemente, había estado siéndole infiel? ¿Alguien que la había mentido y engañado? ¿Alguien que le había negado la oportunidad de conocerse a sí misma?

— Por favor — suplicó Robert, herido.

Quedaba patente en su tono de voz la desesperación que debía sentir.

— No puedo — musitó Sarah en voz baja.

Aquella conversación le estaba costando más de lo que creía.



— Pues concédeme una cita, una cena, una comida o un desayuno. Lo que tú quieras, pero no me alejes de ti.

Sarah, nerviosa, comenzó a frotarse las manos.

— Pero es que necesito estar sola, pensar en mí.

— Una comida no te robará demasiado tiempo.

— Necesito pensar en mí  
— repitió, como si aquella frase resumiese todos sus pensamientos.

— Sarah, por favor, no me hagas esto. Hazlo por mí, por favor, por

todo lo que hemos vivido juntos...

Sarah se lo pensó unos instantes.

— Eso es lo que no entiendes, Robert, que tú y yo no hemos vivido nada juntos.

— ¿Y la noche que hemos pasado juntos? — preguntó, elevando el volumen del tono de su voz —  
¿Tampoco ha significado nada para ti?

— No — mintió, sabiendo que aquella sería la única manera de convencerle para que la dejase en paz.

# Capítulo 12

La mañana siguiente también amaneció sin recuerdos, sin pasado, sin una vida en la que poder apoyarse.

Aquel día, mientras observaba a Margot y a Tommy corretear por la feria, comprendió que por poco que le gustase hacerse a la idea jamás recuperaría sus recuerdos. Tendría

que comenzar de cero y tendría que empezar a organizarse. Era consciente de que por muy cómoda que se encontrase con su hermana, no podría vivir allí eternamente. Tendría que buscar un empleo, un apartamento al que trasladarse...

— Entonces, ¿a qué habías dicho que te dedicabas? — preguntó Mathew, mientras le tendía un helado de fresa y limón.

— No lo había dicho — suspiró, sin saber qué decir.

En realidad, no era capaz de recordar a qué se había dedicado en un pasado ni si se lo había

contado alguien. Por suerte, Anna no tardó demasiado en saltar en su rescate.

— Reseñaba novelas para una revista literaria — intervino con rapidez.

Margot y Tommy, de mientras, comían sus respectivos helados sentados en los columpios.

— ¡Ah! — dijo Mathew, extrañado.

Notaba que algo extraño sucedía con Sarah, aunque todavía no había llegado a adivinar qué era. Había algo misterioso en ella que le llamaba la atención...

Un niño, de una edad similar a la de ellos, apareció frente a los columpios y comenzó a tirar de la cadena balaceando compulsivamente a Tommy. Sarah se levantó de un salto para ir a resolver la situación, pero al comprobar que los padres no intervenían, volvió a sentarse en el banco y dejó que la situación se desarrollase sola.

— No te preocupes — dijo Anna —, tienen que aprender a relacionarse con el resto de los niños y a resolver sus problemas.

Mathew pareció estar de acuerdo,

porque tampoco se levantó.

Dos minutos después, Tommy tenía los ojos llorosos y se había bajado del columpio, resignado, para cedérselo al otro niño. En ese instante Mathew se preparó para intervenir, preparándose para la rabieta que, con total seguridad, estaba por llegar. Para sorpresa de los tres, Margot saltó del columpio, se acercó hasta el otro niño y le estampó el helado en la cara, haciendo que Tommy saltase en carcajadas.

Sarah tuvo que reprimir una risotada mientras veía al padre de

la criatura acercarse hacia ellos con cara de pocos amigos. Anna se adelantó para resolver la situación y dar las explicaciones pertinentes y Mathew y ella fueron a rescatar a los niños. Habían captado todas las miradas del parque y lo mejor que podían hacer era regresar a las atracciones y pasar desapercibidos.

— ¿Puedo invitarte a cenar?

— preguntó, mientras caminaban en silencio hacia el columpio.

Sarah pensó que la negativa era la mejor respuesta posible, pero era incapaz de pronunciarla.

— Bueno, no sé...



— Supongo que cenarás como el resto de los seres humanos...

Ella rió.

— Está bien — cedió — , una cena.

Ni siquiera sabía por qué había aceptado.

Pasaron el día de atracción en atracción, persiguiendo a los niños, mientras Anna observaba cómo su hermana y aquel nuevo amigo se unían cada vez más. Sin quererlo, sintió una terrible pena por Robert que fue incapaz de comprender. ¿Por qué debía apenarle su cuñado? Si debía ser sincera, esperaba que aquel incidente que tanto

sufrimiento había causado trajese algo bueno y positivo a sus vidas. Esperaba que su hermana, después de tantos meses de infelicidad, encontrase la dicha. Y quizás aquello formaba parte del destino, quizás todo debía de suceder de aquella manera.

A las seis de la tarde, el cielo había comenzado a encapotarse con una manta grisácea y amenazaba con una inminente lluvia. Las dos hermanas habían quedado en acercarse hasta la casa de sus padres después de la feria, para cenar algo ligero allí con ellos, y

pensaron que dadas las circunstancias podían adelantar el encuentro a una merienda. Fue Mathew el que, después de todo, parecía realmente apenado por la marcha de las chicas.

Nada más quedarse a solas y subirse al coche, Sarah le confesó a su hermana la proposición que le había hecho Mathew.

— No olvido que estoy casada — añadió — , solo es una cena.

Por alguna razón, se sentía incómoda y extraña admitiendo que no quería estar cerca de su marido, pero sí de otro hombre.

Anna sonrió y la miró con dulzura.

— Creo que haces bien — señaló con sinceridad — , y te mereces ser feliz. ¿Te apetece ver a mamá?

— ¡Abu! — exclamó Margot, emocionada, al comprender hacia dónde se dirigían.

Sarah asintió.

En realidad, tenía muchísimas ganas de conocer a su madre.

A medio camino, la lluvia les alcanzó. No era una lluvia fuerte ni peligrosa, pero era lo suficiente intensa para crearle ansiedad a Sarah. Anna detuvo el coche nada más observar la película de sudor

que se había formado en el rostro pálido de su hermana.

— Voy a poner los triángulos de emergencia — dijo, mientras estudiaba con preocupación el grado de malestar que sufría Sarah.

Ella asintió, con el corazón a mil por hora y la respiración descompensada.

— ¿Puedes pararlos? — preguntó, señalando la luna delantera.

Estaba hiperventilando, sudando y comenzaba a sentirse realmente mal.

— ¿Los limpiaparabrisas?

— preguntó.

Sarah asintió, con los ojos cerrados y la cabeza hundida entre las rodillas.

— ¿Estás bien?

Anna comenzaba a ponerse nerviosa y Margot estaba inquieta. La lluvia parecía aumentar por cada minuto que pasaba y el tiempo no se detenía. Margot, que comenzaba a impacientarse en el asiento de atrás, se había desatado el cinturón y daba saltitos de un lado al otro del vehículo. Sarah parecía continuar sufriendo el ataque de ansiedad, aunque se negaba a

llamar a una ambulancia. Por suerte, tampoco parecía empeorar. Con la cabeza enterrada entre las rodillas y la respiración agitada, Sarah soltaba pequeños resoplidos mientras Anna le acariciaba la espalda, procurando relajarla. Ambas eran conscientes de que la lluvia no parecía acercarse a su final y de que no podían pasar la noche ahí metidas.

— ¿Jugamos a veo – veo?  
— preguntó Margot.

La niña, aburrída, le pegaba pequeños golpecitos al asiento delantero.

— No, cariño — respondió Anna, que comenzaba a perder la paciencia — . Vamos a estarnos muy quietecitas y en silencio porque la tía Sarah se encuentra malita. ¿Vale?

Margot asintió, pero pareció no entender aquello de estar quieta y callada.

Diez minutos después Anna llamó a su madre para suspender la merienda – cena, Margot daba saltos por todo el coche, fuera de control, y, por fin, Sarah comenzaba a calmarse. Parecía que lo peor había pasado y, a pesar del susto



inicial, volvía a respirar con normalidad. La lluvia, para sorpresa de todos los presentes, también comenzaba a amainar.

— ¿No podemos esperar más?  
— preguntó Sarah.

No podían retomar la marcha, aún no.

Veía la carretera mojada... Y no sólo eso. Anna no había sido consciente de que estaban en el mismo tramo en el que ellos sufrieron el accidente. Aunque no era la misma carretera, si no la paralela nacional que se abría camino a la par. Por poco que

conservase su memoria, aquellas curvas resultaban imposibles de olvidar.

— Mamá..., mamá..., mamá...

— Margot, ¿no puedes estar en silencio?

— Mamá..., mamá...

La niña saltó al asiento delantero y observó a su tía.

— Tita, ¿estás mejor?

Sarah asintió y le regaló un pequeño beso en la frente.

— Mucho mejor — respondió.

— ¡Mamá! — insistió Margot — . La tita está bien... ¿Puedo ir a la

calle?

Anna negó, mientras la agarraba del brazo y la obligaba a sentarse atrás de nuevo.

— Lo siento mucho, Anna  
— murmuró Sarah, un poco avergonzada por su reacción.

— No pasa nada, esperaremos lo que haya que esperar.

Comenzaba a oscurecer cuando un coche que pasaba por la zona las vio y se detuvo tras los triángulos. Ya llevaban más de una hora allí paradas y, aunque hacía rato que solo chispeaba débilmente, Sarah no se encontraba con las fuerzas

necesarias para continuar.

Anna se bajó del vehículo y se dirigió hacia el buen samaritano.

— ¿Anna? — preguntó Mathew, mientras se bajaba de su coche — ¿Qué ocurre? ¿Estáis bien?

¡Qué casualidad!

Se acercó hasta él con indecisión, valorando qué debía contarle sobre “la parada”.

— ¡Mathew! — saludó, fingiendo la mejor de sus sonrisas — . ¿A estas horas regresáis de la feria?

Él soltó una carcajada antes de besarla en la mejilla.

— Ya sabes cómo es Tommy...  
— contó, risueño —, he sido incapaz de bajarlo de la atracción del dragón. Bueno, cuéntame qué le pasa al coche...

Mathew se remangó la camisa de cuadros, preparándose para la acción.

— En realidad, no le pasa nada, tranquilo. Sarah no se encuentra muy bien y hemos decidido parar un rato a descansar.

— ¿Qué le ocurre? ¿Necesitáis ayuda?

En ese mismo instante, Tommy abrió la puerta trasera y se bajaba

del coche. Anna observó cómo el niño corría rápidamente por la carretera hasta alcanzarles.

— ¿Pero qué te he dicho de salir del coche sin permiso? — regañó su padre, aparentando un enfado que era evidente que no sentía.

Anna le entendía a la perfección. Hacía un par de semanas que Margot había aprendido a abrir el pestillo de seguridad — tanto de la puerta como de la sillita adaptable — y era imposible mantenerla sentada cuando se aburría.

— Bueno... — dijo Mathew, regresando al tema, una vez tuvo a

su hijo sujeto de la mano — .  
¿Estáis bien todos? ¿Necesitáis ayuda?

Ella lo meditó unos instantes.

¿Necesitaban ayuda? ¿Qué iban a hacer si no dejaba de llover? ¿Y si la carretera no se secaba en toda la noche? ¿Tendrían que dormir en el coche? ¿Con Margot?

— ¿No puedo hacer nada por vosotras? — insistió él.

— Es que mi hermana sufrió un accidente el año pasado y tiene un problema con la lluvia... Tendremos que esperar a que descampe y se termine de secar la

carretera.

Mathew alzó la mirada al cielo y colocó las palmas hacia arriba, sopesando el temporal.

— Bueno, no parece que se avecine una tormenta...

Anna sonrió débilmente.

— Pero el suelo seguirá mojado hasta que no termine de descampar.

— Papi... ¿Puedo jugar con Margot? — preguntó el niño, aburrido, mientras observaba a la pequeña con la cabeza pegada al cristal, mirándoles fijamente con los ojos abiertos como naranjas en



la luna trasera.

— Mejor no, Sarah no se encuentra bien y...

— Creo que será mejor que estén entretenidos — cortó, mientras valoraba la situación —. Podéis hacernos compañía un rato, si queréis.

Mathew colocó más triángulos de emergencia tras su coche.

Estaban en una curva bastante cerrada y lo último que quería era provocar un accidente. Aunque Sarah no tenía mal aspecto, era evidente que no estaba al cien por cien. Casi a las nueve de la noche,

con el cielo anaranjado sobre sus cabezas, la lluvia regresó con fuerza. Tommy y Margot, que se entretenían con un arsenal de muñecos esparcidos sobre el asiento, no parecían conscientes del problema que tenían encima.

— Lo siento mucho, de verdad — musitó Sarah, avergonzada.

Aunque sabía perfectamente que su cabeza le estaba pasando una mala jugada y que aquello era una ridiculez, no podía evitar sentir lo que sentía.

— Yo estoy encantado — señaló Mathew —, creo que hacía

muchísimo tiempo que no veía a Tommy así de entretenido.

Veinte minutos después, Mathew comenzó a ser consciente de la gravedad de la situación. Estaban en mitad de la nada, en unas curvas bastante peligrosas y parecía que, con casi total probabilidad, tendrían que pasar la noche metidos en un coche. Sopesó todas las alternativas — que eran bastante reducidas — hasta que una bombilla se iluminó, de pronto, en su cabeza.

— He tenido una idea — susurró, evitando ser escuchado por los

niños.

Cabía la posibilidad de que Anna y Sarah no estuvieran de acuerdo con él y no quería crearles falsas ilusiones a los pequeños.

— ¡Dispara! — exclamó Anna irónicamente.

— ¿Qué os parece una noche de acampada?

Sarah soltó una risotada. La sola idea resultaba algo ridículo. Todavía más ridículo que dormir en el coche.

— No me parece una mala idea...  
— murmuró Anna en voz baja,

mientras comprobaba que la atención de los pequeños continuaba centrada en los juguetes del asiento y no en ellos — ¿Por qué no, Sarah? Puede ser divertido. Su hermana respondió con otra terrible risotada. ¿Pero qué se les pasaba por la cabeza?

— ¿Por qué no os marcháis en un coche y regresáis mañana a por mí?

— Tengo una tienda y un toldo en el coche. Mantas..., todo el kit. No nos faltará de nada, os lo puedo asegurar.

Las gemelas fruncieron el ceño simultáneamente, incrédulas.

— ¡Palabra de scout! — añadió, alzando el dedo índice en alto.

Treinta minutos después, prácticamente había anochecido por completo.

Anna y Sarah, hundidas de pies a cabeza, ataban el toldo superior de la tienda en una pequeña explanada que habían encontrado cerca de los vehículos. Era evidente que dejarlos allí aparcados toda la noche no era una opción segura para el resto de los conductores, pero antes de moverlos de sitio, debían montar la tienda de campaña. Los niños, que eran

vigilados a ratos por Mathew, esperaban en el coche con sus juguetes, emocionados por la nueva aventura que iban a vivir mientras el responsable de la misma descargaba todos los cachivaches del maletero.

Una vez colocados el toldo y la lona del suelo, Mathew y Anna subieron los coches hasta el alto y regresaron. Aunque Mathew había montado la tienda un centenar de veces, aquella iba a ser la primera vez que realizaba el proceso bajo la penumbra. Alumbrado por la linterna de los móviles, con Margot

y Tommy correteando por sus alrededores, comenzó el procedimiento. Agradeció, por primera vez en su vida, lo previsor que era con todo lo que le rodeaba en cada momento. A parte del equipo a prueba de agua que llevaba, también contaba con sacos de dormir impermeables y dos colchonetas hidrófobas. Además, llevaba consigo un paquete de bolsas de basura con el que, llegado el momento, podría cubrir el suelo de la tienda. Cuando la caseta estuvo terminada, los niños corrieron a su interior y comenzaron a dar saltos.



Sarah pensó que, aunque no era el palacio de Buckingham, allí podrían pasar la noche con mayor comodidad. Colocaron los sacos abiertos y las mantas en lo ancho de la tienda, cubriendo toda la superficie de ésta. Tendrían que dormir un poco apretados, pero la experiencia no asemejaba ser tan horrible como le había parecido en un principio.

Mathew enroscó el teléfono móvil — con la linterna encendida — en una cuerda que colgaba de la mosquitera del techo y los cinco se sentaron bajo la luz a cenar ganchitos y paquetes de patatas

fritas. Al ser el espacio tan reducido, el ambiente estaba condensado proporcionándoles calor y energía humana.

Tras devorar los ganchitos y jugar un rato con los aviones de juguete, los niños cayeron en un profundo sueño en una de las esquinas de la tienda, junto a Sarah, que también había caído rendida por el cansancio del día y de la ansiedad sufrida.

—No ha sido tan mala idea, ¿verdad? —señaló Mathew, que parecía feliz por haber sido capaz de resolver la situación.

— Temía que fuésemos a tener que dormir en el coche — confesó Anna, entre susurros.

No quería despertar a los demás.

— ¿Qué te parece si salimos fuera?

Ella asintió silenciosamente con un movimiento de cabeza.

En el exterior, había dejado de llover. Se sentaron bajo el refugio del toldo, protegidos por la lona del suelo, el uno junto al otro. Ambos se quedaron en silencio, sin saber qué decir, mientras escuchaban el sonido lejano de los animales que correteaban entre la maleza. Un búho ululó a lo lejos y

Anna no pudo evitar sobresaltarse un instante.

— Hemos invadido su territorio — señaló Mathew.

— ¿Puedo preguntarte una cosa?

— Claro..., lo que quieras.

— ¿Qué se siente al ser padre soltero? Bueno, no me malinterpretes. Sé que, seguramente, será igual de duro que ser madre soltera pero...

— Es duro — le cortó Mathew, que sabía perfectamente a qué se refería — . Al principio me costó bastante, pero ahora nos hemos

acostumbrado a estar solos y lo llevamos mejor. Las primeras semanas después de la mudanza Tommy no dejaba de preguntar por su madre. No podía dormir por las noches, tenía pesadillas y... Bueno, yo no estaba habituado a esa clase de problemas.

Mathew suspiró hondo mientras evocaba aquellos primeros meses de soltería.

Por su tono de voz, Anna supo de inmediato que había sido una época difícil para él y que había dado de lleno en la llaga.

— Volábamos cada dos semanas

para que visitase a su madre pero en la mayor parte de los viajes no dimos con ella... Mi exmujer nos dejó por un jugador de rugby y ahora se dedica a vivir la vida viajando de aquí a allá.

— ¡Anda ya! — exclamó ella, con una risita, intentando suavizar el momento — ¿Y de dónde lo sacó? Pídele uno para mí.

Mathew soltó una carcajada y Anna agradeció enormemente que las facciones de su rostro volvieran a distenderse.

— ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

— Mi historia se reduce a Margot

— rió — . Bueno, en realidad, a Margot y a un cúmulo de errores que ahora mismo no cambiaría por nada del mundo.

Sabía a qué se refería, así que no le pidió que profundizase.

Ambos habían tenido relaciones fallidas y habían pasado por situaciones similares.

— ¿Y la historia de ella?  
— preguntó, señalando el interior de la tienda de campaña.

Mathew observó cómo una sonrisa afloraba en el rostro de Anna.

Era una sonrisa tan tierna y sincera que no pudo evitar emocionarse

cuando ésta comenzó a hablar.

— Sarah ha perdido su historia y está buscando una que comenzar — murmuró — . El año pasado, un mes antes de Navidad, sufrió un accidente de coche. Tuvieron que operarla de urgencia y quedó sumida varios meses en un coma. Se despertó hace unos días, confusa y sin recuerdos...

Mathew, impactado, abrió los ojos de par en par. Tras inspeccionar la seriedad que reflejaba Anna, comprendió que lo que le estaba contando era muy real.

— Está siendo muy duro para ella



y...

Anna se mordió la lengua. No quería hablarle a él de Robert ni contarle nada al respecto; aquel asunto tan sólo le correspondía a su hermana, y nada más.

Margot, que se había desvelado incómoda sobre la colchoneta, salió al exterior gateando con los ojos achinados.

— ¿Mamá? — preguntó confusa.

— Estamos aquí, cariño — murmuró Anna en voz baja —, habla más bajito que la tita y Tommy están durmiendo.

La niña gateó hasta ellos y se sentó sobre el regazo de su madre.

— ¿No puedes dormir, princesa?  
— preguntó Mathew.

La niña negó mientras su madre le acariciaba la cabeza y le peinaba los mechones enredados. Los tres se quedaron en silencio, escuchando las gotas que iban cayendo del desbordado toldo. Mathew observó a Anna; tenía la mirada soñadora y perdida en algún lugar muy lejos de allí. Se sorprendió pensando en ella y en su hermana con más detenimiento. En un principio, Sarah había captado

toda su atención, pues conservaba una juventud y una belleza que Anna parecía haber perdido por la rudeza con la que le había tratado la vida. Pero allí sentados, bajo la luz de la linterna y la maleza de la naturaleza, Mathew pensó que aquella madurez que la mujer reflejaba tenía un valor inmenso que no había sido capaz de apreciar. Por unos instantes, se sintió realmente estúpido consigo mismo y sintió la necesidad de expresarlo en voz alta; pero se contuvo. Mientras trenzaba el enmarañado pelo de su hija, Anna observó al hombre que tenía a su

lado y se sorprendió con un choque de miradas. De pronto, sintió que una conexión especial se había formado entre ellos dos y tuvo miedo de retirar la mirada de sus ojos por si se rompía. Se mantuvieron así varios segundos hasta que Margot, con las piernas entumecidas y cansada del silencio, se levantó de un salto.

— ¿Puedo jugar con el avión?

— preguntó la niña en voz baja.

— Pero aquí fuera, sin hacer ruido y solo diez minutos. Va siendo hora de irse a dormir.

Aquella noche, mientras el

cuerpecito de Tommy la separaba de Mathew, Anna sintió algo que hacía mucho tiempo no sentía... Pero, ¿qué era? ¿Atracción? Al fin y al cabo, era una mujer que llevaba demasiado tiempo sumida en el único papel de ser madre y que también tenía ciertas necesidades. Suspiró hondo antes de entregarse a Morfeo, siendo muy consciente de que aquel hombre estaba totalmente prohibido. Debía recordar que había invitado a cenar a su hermana, no a ella.

# Capítulo 13

Llevaba tantas horas sentado en el coche que notaba dormida hasta la última articulación de su cuerpo. Aunque la lluvia aún continuaba cayendo, decidió salir al exterior y estirar las piernas.

Comenzó a caminar bajo la tenue y amarillenta luz de las farolas que alumbraban la zona peatonal de la calle. Se alejó varios metros, preguntándose dónde se habrían

metido y si se encontrarían bien. Robert sopesó la posibilidad de llamar a Anna, pero no quería invadir el espacio personal de Sarah, ni quedar como un loco psicópata que la estaba acosando. En realidad y si lo pensaba con detenimiento, sabía que era precisamente lo que estaba haciendo; acosarla.

A las dos de la mañana, hundido desde los pies hasta la cabeza y cansado de caminar sin rumbo ni sentido, se dirigió a la taberna más cercana mientras se daba por vencido. Seguramente, pensó,

estarían durmiendo en casa de sus suegros. Comenzó con chupitos de whisky, pero terminó con una botella de ginebra.

La quería tanto... Jamás pensó que podría echarla tantísimo de menos. Mientras ahogaba sus penas en la botella, su cabeza no paraba de urdir planes para volver a conquistarla. Vale, bien, genial, le había olvidado. Sarah no le recordaba en absoluto pero... ¿Por qué no iba a volver a enamorarse de él? Al fin y al cabo, había ocurrido una vez. Aunque hacía tantos años que ni siquiera



recordaba cómo sucedió.

Allí sentado, sintiéndose completamente solo y desgraciado, Robert comprendió que no conocía en absoluto a su mujer. Los últimos años de su matrimonio habían sido una mancha negra, sin sonrisas, sin buenos momentos.

Cuando salió del bar para volver a caminar hacia la casa de Anna fue consciente de que no era capaz ni de andar. Se cayó dos veces — una de ellas sobre su propio vómito — y tardó más de dos horas en levantarse del suelo. Para entonces las seis de la mañana estaban cerca

y los primeros trabajadores del día abandonaban sus hogares para acudir hasta la ciudad.

— ¡Qué cojones! — exclamó alguien.

Robert no lograba alzar la vista de la hierba; intentaba levantarse colocando una mano y después la otra. Pero las piernas no coordinaban en su justa medida y terminaba, de nuevo, con el morro contra el jardín. Notó una fuerza mover su cuerpo, pero no parecía dispuesto a colaborar con ella. Sintió unas manos fuertes agarrando y tirando de sus brazos para

después soltarle y volver a dejarle donde estaba.

— ¡Llama a la policía y que vengan a por él!

La voz sonaba tan lejana, tan débil..., que Robert ni siquiera era capaz de entender lo que decía.

— Saaaaarah...

Tan sólo era capaz de emitir un sonido y de tener un único pensamiento: Sarah.

A las siete de la mañana, se encontraba encerrado en una celda en el calabozo de la comisaría más cercana. Robert se despertó con la

cabeza destrozada, mareado y oliendo a vómito y a orina. A su derecha, una prostituta semidesnuda roncaba profundamente.

Se sentó en el banco y procuró recordar la noche, pero le era imposible. Una vez llegaba al bar, todos los recuerdos desaparecían. Sintió la confusión embotellando su memoria y el alcohol nublando todo. Pensó que, seguramente, en aquel instante, estaba sintiendo algo bastante parecido a lo que su mujer experimentaba cada momento de su vida desde que había despertado del coma.

Un guardia se acercó hasta los barrotes y se quedó mirándole. Robert le devolvió la mirada con la ceja alzada.

— ¿Qué pasa? — gruñó, malhumorado.

Le dolía la cabeza, no sabía qué había ocurrido y tampoco sabía dónde estaba Sarah.

— Robert White...

— Sí — cortó.

— Han pagado tu fianza.

La cara del guardia reflejaba lo poco que le entusiasmaba liberar a la gente del calabozo. Abrió la

cerradura y la puerta y Robert salió de la celda, dejando a la prostituta sumida en un profundo sueño y en soledad.

— ¿Quién ha pagado mi fianza?

— preguntó, mientras subían las escaleras hasta las oficinas.

Aunque el guardia no se molestó en responder, tampoco fue necesario.

Mitch, su socio, rellenaba unos papeles en un mostrador. Robert se acercó hasta él con una siniestra culpabilidad recorriendo su estómago y provocándole náuseas. Su situación era patética, pero aún más patético resultaba que la única

persona a la que acudir en emergencias fuera Mitch.

Salieron al exterior en silencio, sin mediar palabra. Mitch se subió en su coche y Robert le imitó. Comenzó a conducir sin preguntarle a dónde quería que le llevase, o qué era lo que había ocurrido, o si se encontraba bien. Simplemente, Mitch, comenzó a conducir como si resultase obvio hacia dónde se dirigía. Quince minutos después, aparcaba el coche frente a la entrada del cementerio local y se bajaba de él, aún sin decir una palabra.

Robert escuchó a su amigo abrir y cerrar el maletero y después le observó rodear el vehículo para sentarse en el capó.

— ¿Bajas? — preguntó con voz neutra.

Robert obedeció.

Tenía un plástico agujereado con cuatro cervezas en la mano. Mitch sacó una de la tira circular y se la lanzó a su amigo. Robert la cazó al vuelo y se sentó en el capó, a su lado.

— Gracias por pagarme la fianza — dijo, cohibido, mientras abría la lata y pegaba un largo sorbo al



contenido.

Estaba caliente, pero aún así agradeció el sabor amargo de la cerveza.

— De nada, tío.

Fue lo único que se dijeron en los siguientes quince minutos.

Robert conocía muy bien a su amigo y sabía que estaba esperando a que confesase lo sucedido; pero en realidad, ni siquiera él sabía cómo había terminado encerrado en una celda.

— Ayer no sé qué me pasó...

— No me importa lo que te pasase

ayer — interrumpió él, mientras sacaba las últimas dos cervezas y le entregaba una —, me importa lo que harás a partir de ahora. Ha pasado mucho tiempo, Robert, y va llegando la hora de que te reconcilies con la vida y comiences de nuevo. Recuerda lo que me dijiste tú el día que Karen me dejó...

Robert guardó silencio unos minutos. Sabía que tenía razón.

— No puedo sin ella...

Mitch suspiró profundamente.

— Pues vas a tener que hacer por poder. No va a quedar más

remedio.

Hizo una pausa para beber un trago de la lata y continuó.

— No sé si sabes nuestra situación, pero la empresa ahora mismo está en números negativos. No podemos seguir así y tampoco hay dinero para mantenerte. Sé que te pertenece tanto como a mí, pero tienes que regresar. Necesitas hacerlo por ti, por tu futuro.

Una vez más, guardó silencio unos segundos. Robert sabía que aquella conversación estaba siendo difícil para él, se lo notaba.

— Sarah ya no es la misma. Ha

cambiado, Robert. Por mucho que te cueste asumirlo, no es la misma Sarah con la que tú vivías. No voy a meterme donde no me llaman y sé que solo han pasado unos días desde que..., ya sabes, ha vuelto, pero tienes que retomar tu vida. Para que ocurra algo, para que las cosas se ordenen y vuelvan a su cauce, tienes que tomar decisiones.

— Lo sé, pero...

— Tienes que hacerlo, tío — cortó — . Si no perderás todo lo que has construido en tu vida.

# Capítulo 14

Cuando se despertó, Anna y los niños aún dormían en el interior de la tienda de campaña. Se sentía incómodo, le dolía la espalda y, para colmo, le rugía el estómago. Después de la escueta cena a base de ganchitos de la noche anterior, sentía un hambre feroz.

Antes de abandonar la tienda,

observó la imagen que tenía ante sí; Tommy y Margot habían rodeado a Anna hasta enredarse en su cuerpo. Margot dormía sobre el brazo de su madre y Tommy suspiraba somnoliento con las piernas sobre su vientre. Por unos instantes, pensó que aquella estampa era lo más tierno que había visto jamás.

Salió de la tienda y encontró a Sarah sentada sobre la lona, escrutando la maleza que había a su alrededor. Mathew se acercó hasta ella y la saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa antes de sentarse a su lado.

— Tu hermana y los niños aún duermen — musitó en voz baja.

Ella asintió.

Aquella mañana Sarah había amanecido muy pensativa, o eso le pareció a Mathew.

— Gracias por todo lo que hiciste ayer.

— No fue nada — respondió apresurado — . Además, ha sido muy divertido.

Ella asintió silenciosamente.

— Creo que es bastante evidente que necesito un psicólogo...

Por la seriedad de su tono de voz,

Mathew no fue capaz de interpretar si bromeaba o lo decía en serio. Aún así, soltó una risita procurando destensar el ambiente.

— No te preocupes. Creo que todos necesitamos uno de vez en cuando.

Ella no dijo nada y Mathew se preguntó en qué estaría pensando.

Se quedaron en silencio; un silencio incómodo y cortante. Mathew giraba la mirada hacia ella y en su rostro observaba el gesto de controversia y debate que reflejaba. Varias veces abrió la boca dispuesto a decir algo, pero después terminaba cerrándola,



confuso, sin entender lo que le ocurría.

— ¿Te he dicho que estoy casada?

— preguntó ella, al final.

Mathew no supo interpretar si era una pregunta o una confesión.

— No, no lo sabía.

— Supongo que no, claro — dijo, con la mirada fija en el frente — .

Pues estoy casada. Tengo un marido que no conozco, una casa que no conozco, un coche que no conozco... Incluso un cuerpo que no conozco.

Sarah, por primera vez, giró la

cabeza para examinar la reacción de su interlocutor.

— ¿Quieres hablar de ello?

— preguntó, recordando la conversación que había tenido con Anna la noche anterior.

No quería presionarla más de lo necesario.

— Perdí mis recuerdos en un accidente de coche... No muy lejos de donde estamos. Estuve en coma meses, ¿sabes? Y me desperté vacía.

Mathew, impactado, no supo que responder. Se mantuvo en silencio, dejándola su espacio para que se

desahogase. Al ver que no continuaba, preguntó.

— ¿Y dónde está él?

Sarah soltó una carcajada.

— Lo he espantado.

— Supongo que estará pasando por un momento muy difícil...

— Seguramente....

Anna salió de la tienda en silencio; los niños aún dormían profundamente y no quería despertarles.

Nada más salir, observó a su hermana sentada junto a Mathew, y un extraño sentimiento de celos

inundó su cuerpo. Sabía que era algo irracional, negativo y doloroso que no debía sentir, pero no podía evitarlo. ¿Cómo sentir celos de alguien que había perdido todo?

Pasaron varios minutos y fue consciente de que continuaba allí, de pie, en silencio y sin decir palabra mientras les espiaba. Se sentía estúpida pero... ¿Por qué siempre terminaba Sarah apoderándose de todo lo que ella había deseado? Incluso ahora, después de todo lo que había pasado, Anna estaba totalmente segura de que su hermana recuperaría su vida o, incluso,

construiría una mejor que la anterior.

De repente, Mathew se acercó más a su hermana y la abrazó por la cintura. Sintió la rabia y las ganas de llorar apoderarse de ella, pero se contuvo.

— ¡Hola! — sonrió, al fin, sabiendo que les estaría estropeando aquel íntimo momento.

Sarah se levantó con los ojos empañados y saludó, mientras se secaba una lágrima que recorría su mejilla. Anna no supo cómo reaccionar ni qué había ocurrido entre ellos. De pronto, se sintió la

peor persona del mundo por sus pensamientos hacia ella.

— ¿Y los niños? — preguntó su hermana, aparentando una calma que era evidente que no poseía.

— Aún duermen — respondió, mientras comprobaba la hora en su reloj de muñeca.

Eran las nueve de la mañana y aún tenían que desmontar la tienda, el toldo, recoger los cachivaches... Seguramente, tardarían un par de horas en volver a empaquetar todo — por alguna extraña razón siempre se tarda más en guardar que en sacar — y los niños tenían

que desayunar o estarían insoportables el resto de la mañana.

— ¿No va siendo hora de despertarlos? — preguntó Mathew.

Anna estuvo de acuerdo con él.

A las once de la mañana, con bastante más retraso del que habían planeado, montaban en los coches para regresar a sus respectivos hogares. Anna fue consciente del estado taciturno en el que se encontraba sumida su hermana, pero no quiso preguntarle sobre ello.

Una vez en casa, Margot desayunó y encendió la televisión para ver los

dibujos animados. Al mediodía siempre daban Scooby Doo, sus dibujos favoritos, que la mantenían entretenida hasta pasadas las dos y le permitían a su madre preparar la comida tranquila.

Sarah, nada más llegar, se había refugiado entre las paredes de su habitación. Aquella mañana se había despertado extraña y no le apetecía la compañía de nadie. Se sentía relajada después de haberle contado a Mathew la verdad y de haber cancelado la cita. Aunque le había sorprendido su reacción — parecía aliviado — agradeció



lo comprensivo que se mantuvo al respecto. Poco a poco los párpados se le fueron cerrando hasta que terminó cayendo en un profundo sueño.

Anna troceaba las verduras con la imagen de Mathew recorriendo su mente una y otra vez. No conseguía sacarlo de sus pensamientos y aquello la hacía sentir irritada. Había recreado su imagen a la perfección; su cintura estrecha, sus hombros anchos, sus brazos musculados y fuertes, sus ojos verdes intensos y su color de pelo castaño claro. La imagen de

Mathew montando la tienda, como si aquello fuera algo que hacía diariamente, o el instante en el que le había llamado “princesa” a su hija.

¿Hacía cuánto tiempo que no tenía una cita? La última había sido un desastre, con un tipo llamado Edward que se había pasado la cena hablando de fútbol y de baloncesto. Anna recordaba que había intentado sacar el nombre de Margot en varias ocasiones, al fin y al cabo, era primordial que si iniciaba una relación con alguien aceptase de buenas a primeras a su

hija. Desde que se había convertido en madre, ella venía en un pack. No iba a ninguna parte sin Margot, no podía pensar en hacer planes sola e incluso, mientras Margot dormía, debía de estar planeando la ropa que tenía limpia para ponerle al día siguiente, la merienda que debía llevar al jardín de infancia o cuántas veces había comido pasta aquella semana y si le tocaba preparar legumbres. Toda su vida se reducía a Margot y aquello era algo que a Mathew no había que explicarle, pues su vida se reducía a Tommy.

Recordó en aquel instante que los días festivos llegaban a su fin y que al día siguiente la rutina regresaría a implantarse en sus vidas. ¿Qué haría Sarah mientras ella trabajaba y Margot estaba en el jardín de infancia? ¿Estaría todo el día sola? ¿Encerrada en casa?

Pensó que, antes de que se hiciese tarde, debía llamar a su madre para preguntarle si podía pasarse a hacerla compañía. Cierto era que el doctor les había dicho que no la saturasen con rostros nuevos aunque fuesen de familiares; pero su madre jamás dejaría de ser su madre y ya iba siendo hora de que

la conociese.

En el mismo instante en que el timbre de la puerta resonaba en toda la casa, Anna se preguntaba si su hermana alguna vez recuperaría sus recuerdos o si aquel estado sería algo permanente.

Examinó el exterior por la mirilla y suspiró hondo, armándose de paciencia, antes de abrir la puerta.

— No puedes hacer esto, Robert...

Sabía que él lo estaba pasando mal, pero aquello prácticamente rozaba el acoso. Además, presionarla no le llevaría a nada bueno.

— ¿Está en casa? — preguntó en un susurro.

Anna asintió.

— Pero está dormida y no voy a despertarla a no ser que...

— No, no la despiertes — cortó — . Quería hablar contigo y, si es posible, ver a Margot.

— ¿Por qué? — preguntó, sorprendida — , ¿ha pasado algo?

Él negó con un movimiento lento de cabeza.

— ¿Podría tomar una taza de té?  
— dijo.

Después de la borrachera que se

había cogido la noche anterior, tenía miedo de que algún vecino le reconociese y llamase a la policía o le contase algo a Anna. Allí fuera se sentía expuesto y avergonzado.

— Venga, entra, pero no hagas ruido.

Pasaron a la cocina.

Anna volvió a ponerse el delantal, puso el agua de la tetera a calentar y continuó troceando verduras. Aunque no lo comentó, fue inevitable no pasar por alto el mal aspecto que tenía su cuñado. Tenía la ropa sucia, parecía más delgado — incluso más que cuando no se

despegaba de lacama de Sarah en el hospital — y olía a alcohol desde un kilómetro de distancia.

— ¿Vas a contarme qué ocurre?

— inquirió, mientras hacía picadillo las zanahorias.

— He decidido trasladarme a un apartamento en la ciudad.

Anna, sorprendida, soltó el cuchillo.

— ¿Te marchas a Londres?

— preguntó, anonadada.

Sabía que Robert siempre había sido un hombre cosmopolita, un tiburón de los negocios que se



desenvolvía a la perfección en la ciudad pero... ¿De verdad había tomado la decisión de dejar a Sarah aquí? ¿De rendirse?

— Sé lo que estás pensando...

— murmuró.

Anna negó.

— No, no lo sabes... ¿Y la casa, Robert?

— La única razón por la que compré esa casa fue por ella. La única razón por la que vivía en el pueblo era ella..., y ella ya no está.

En aquel instante, la tetera comenzó a silbar y Anna la retiró del fuego.

Llenó dos tazas y se sentó junto a su cuñado. Escuchó la risa de Margot en la lejanía, entretenida con los dibujos y completamente distraída; ni siquiera era consciente de la repentina llegada de su tío.

— Entonces, ¿te rindes?

Él negó.

Sacó un papelito de su bolsillo, lo desdobló y lo dejó sobre la mesa.

— No me rindo, pero voy a concederle su espacio y voy a esperar a que se recupere — musitó, mientras los ojos se le empañaban —, creo que no puedo hacer otra cosa.

— No, no puedes — convino Anna.

— Esto es para ella.

Robert colocó una bolsa sobre la nota.

— Y lo del papel es mi nueva dirección — añadió, lloroso — . No espero nada, pero dicen que la esperanza es lo último que hay que perder...

— Lo es.

— Iré a despedirme de Margot...

Su cuñado se levantó, se secó las lágrimas rebeldes que se le habían escapado y se dirigió hacia el salón.

Anna se quedó inmóvil en la silla, aún con la taza caliente entre las manos y la mirada perdida. Aunque su hermana y él no habían sido felices los últimos años, debía admitir que Robert era un buen tipo y que siempre había cuidado con mucho cariño de Margot. Escuchó las carcajadas de felicidad de su hija al ver a su tío y una punzada de dolor y pena recorrió su columna vertebral.

— ¡Robert! — gritó en el instante en el que escuchaba la puerta principal abrirse.

Él se detuvo antes de cerrarla y

esperó a que Anna apareciera en el umbral del pasillo.

— Cuídate mucho y no olvides que aquí tienes una sobrina que te quiere con locura...

— Lo sé — dijo, antes de cerrar la puerta.

En aquel instante, supo que su cuñado había tomado una decisión. Si Sarah no regresaba a su lado por voluntad propia, seguramente, aquella sería la última vez que cruzaría una palabra con él o que escucharía las carcajadas de felicidad de su hija cuando la alzase en vuelo para fingir que era

“supermán”.

Sarah bajó las escaleras con lentitud. Los gritos de Margot la habían despertado y no había podido evitar escuchar cierta parte de la conversación.

— Se ha marchado — le dijo Anna, entristecida.

— Lo sé — confesó — , lo he visto irse desde la ventana de la habitación.

Ella asintió a modo de respuesta.

Ambas se sentaron en la mesa de la cocina. Anna frente a su taza de té y Sarah en la misma silla que había

ocupado su marido minutos antes. Se sorprendió al comprobar que no había tocado la taza ni su contenido.

— La bolsa la ha dejado para ti — le contó, mientras retomaba la tarea de picar zanahoria —, y la dirección también.

# Capítulo 15

Se despertó y sintió el silencio y la soledad de la casa vacía. A pesar de que Anna había querido avisar a su madre, ella se había negado rotundamente. Quería estar a solas, quería tener su tiempo para pensar y estar tranquila.

Se incorporó en la cama y observó su alrededor. Aquella mañana había aprovechado para dormir profundamente y el reloj de la



mesilla marcaba las diez y media. Sabía que al llegar la noche aquellas horas de más le pasarían factura en el momento de conciliar el sueño, pero no le importaba. Necesitaba cargarse de energía y sentirse repleta y feliz.

Después de ducharse, secarse el pelo, vestirse y adecantar la cama, bajó a la cocina y se preparó un café bien cargado que le ayudase a terminar de espantar la somnolencia. Se lo tomó a pequeños sorbos, con la vista clavada en la bolsa que Robert había traído el día anterior. Si

decía que no sentía curiosidad por inspeccionar su contenido, mentía.

Se levantó a por ella y comprobó que su interior tan solo contenía un libro. Tomó otro sorbo del café mientras comprendía qué era aquello que tenía en las manos. Un diario. Un diario suyo para ser exactos. Estaba escrito de su puño y letra y contenía más de doscientas páginas de narración. Sarah se preguntó cuánto tiempo tendrían aquellos textos y si debía leerlos. La noche anterior, antes de marcharse a dormir, había cogido cita con el psicólogo y desde aquel

instante sentía la necesidad de no tomar ninguna decisión sin su supervisión.

Comprobó, para su sorpresa, que las páginas no contenían fecha alguna. Ni siquiera el año en el que habían sido escritas; lo único que había en ellas a modo de referencia era el día de la semana.

## Lunes

Hoy es un día especial.

¿Cómo puedo sentirme tan feliz? He entrado por la puerta de casa y no sabía si reír, gritar o llorar. Me siento radiante, llena... ¡Me siento suya!

Hemos pasado el día en la playa, con Karen y los chicos. Sin previo aviso, Robert me ha aupado y me ha llevado en volandas hasta la orilla de la playa; después se ha metido dentro y me ha lanzado al agua. ¡Estaba helada!

Creo que el resto del grupo empieza a darse cuenta de que entre nosotros hay algo... diferente. Incluso Ruppert nos mira raro y empieza a sospechar. Ya han pasado tres días desde que le dejé y parece que lo lleva bastante bien.

Antes de marcharnos, mientras paseábamos hacia el coche con los

helados del puestillo, me ha manchado la nariz y ha salido corriendo. Me refiero a Robert. Creo que el pobre ya no sabe cómo llamar mi atención y... ¿Para qué negarlo? ¡Dioooooooooos, me encanta, me vuelve loca! Aunque creo que por ahora seguiré haciéndome de rogar... Si en algo tiene razón mamá es que las facilonas no gustan, estoy segura.

## Martes

Mitch ha venido al campus a visitar a Karen, pero venía solo. Creo que a Robert le pasa algo... ¿Por qué

no ha venido? Es un imbécil. Hoy no quiero escribir, estoy agobiada con los exámenes y..., no dejo de preguntarme por qué no ha venido. ¿No se divirtió ayer en la playa? ¿Se ha enfadado por qué no le hice demasiado caso? Cualquiera entiende a los hombres...

## Miércoles

¡Me ha invitado al cine! ¡Me ha invitado al cine! ¡Me ha invitado al cine! ¡Y HA VENIDO A VERME!

No puedo ser más feliz... Aunque me siento triste por Karen, creo que ella y Mitch han discutido. Mientras

Robert me invitaba al cine, ella se ha alejado llorando y él la ha perseguido. Espero que vengan, porque tampoco quiero ir con él a solas... ¿Y si me besa? Bueno, la verdad es que Ruppert nunca me ha besado y yo tampoco sabría cómo besar a un chico. ¿Qué se supone que hay que hacer? ¿Mover la lengua dentro de su boca? No puedo parar de reír, me siento estúpida. Como si, de repente, tuviese catorce años. Sé que Karen hace muchos años que perdió la virginidad, creo que debería preguntarle. Mejor a ella que a Anna, por si acaso.

Mañana es el día del espectador y vamos al cine... ¡Me siento genial! Aunque tengo que explicarle a mi madre que he suspendido el examen de literatura... ¿Qué tal se lo tomará?

## Jueves

Estoy castigada.

Mamá ha dicho que no voy a salir de casa hasta que termine la universidad. Sabe que he suspendido el examen y además, se me ha hecho tarde con Robert y nos han dado las tres de la mañana... ¡Mamá ha montado en cólera! Me



ha soltado eso de que “es entre semana”, “mientras vivas bajo mi techo”... En fin, el mismo sermón de siempre.

Supongo que mañana tendré un mal día en casa, pero, ¿qué más da? ¡No puedo ser más feliz! Después del cine me ha llevado a un mirador que hay en el alto del pueblo. Estaba precioso y... Me he dejado llevar. Me siento tan bien cuando estoy con él que no puedo resistirme... ¡¡Me ha besado!! Y yo le he besado y nos hemos pasado las horas así... ¡Besándonos! Seguro que mañana me dolerá hasta

la lengua. ¡Dios mío, quiero gritar de felicidad! Quiero dar saltos y... No sé cómo sacar todo lo que tengo en mi interior...

¡Nos hemos acostado! La verdad es que no me ha dolido en absoluto y no me ha hecho falta contarle que era virgen... No sé si lo sabía o no, pero ha sido muy delicado.

¡Me encanta!

Creo que me estoy enamorando de él...

Desde luego, ha merecido la pena el castigo.

## Viernes

Papá ha venido a buscarnos a última hora a Anna y a mí al campus. Me ha parecido ver el coche de Robert aparcado, pero a él no le he visto. ¿Habrá venido a verme?

¡No puedo concentrarme en los exámenes si no le veo!

## Sábado

Hoy le he hablado a mamá de Robert. No aguanto más sin verle...  
¡No lo entiende!

¿Cuánto tiempo va a durar esta

mierda de castigo que me ha puesto? Es increíble que aún con mi edad tenga que aguantar estas cosas. ¡Patético!

Domingo

...

Lunes

Hoy no ha venido. ¿Qué ocurre? ¿Ya tiene lo que quería y pasa de mí? Al menos, ya no estoy castigada. Me siento patética diciéndole a la gente que a estas edades aún me castigan en casa.

## Martes

Robert tampoco ha venido. Creo que se ha aprovechado de mí y me siento tonta, estúpida y realmente ridícula. Además, Karen y Mitch parecen estar bien y Anna ha empezado a salir con el imbécil ése del quarterback. ¡Qué asco de vida...!

Sarah pasó páginas y más páginas releendo por encima mientras los ojos se le encharcaban. Se detuvo al observar que, llegado un punto, la narración del diario cambiaba y

denotaba cierta madurez que antes no había detectado. Los días de la semana también habían sido sustituidos por los nombres del mes que correspondían a la anotación y los registros parecían distanciarse más en el tiempo, de manera que tan sólo había dos o tres por mes.

## Octubre

Querido diario,

Hoy hemos ido a ver el piso. Hemos decidido que por ahora y hasta que el negocio de Robert y Mitch funcione no podemos permitirnos aspirar a más. Robert

dice que es algo totalmente temporal y que no pasaremos allí mucho tiempo... No lo sé. Por ahora, he pensado en pintarla y adecentarla. Por poco que pasemos allí, quiero que parezca un hogar. Nuestro primer hogar.

Querido diario,

Ya estamos trasladados, aunque la casa está repleta de cajas de cartón, ropa y cachivaches que aún no sabemos si conservar o no. Hemos comenzado a pintar y he descubierto que la reforma del piso va a ser mucho más que una

aventura... ¡Creo que mi futuro marido no sabe comportarse como un adulto!

Tengo pintadas las piernas, los brazos..., incluso la barriga y los pechos. Ha sido divertido, aunque no sé muy bien cómo sacaré el “Picasso” que Robert ha dibujado sobre mi cuerpo y mañana tengo que estar presentable para la entrevista. Espero que me den el trabajo, lo necesitamos.

Noviembre

Querido diario,



Lo ha hecho, ¡me lo ha pedido! Aún estoy intentando procesarlo.

Cuando nos hemos despertado, me ha traído el desayuno a la cama y... ¡Casi me trago el anillo al morder el croissant!

Puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que ha sido el momento más maravilloso de mi vida y qué jamás me arrepentiré de haberle contestado “sí, me casaré contigo”.

He llorado como una estúpida y he llamado a mamá y Anna de la misma; creo que mamá ha llorado más que yo.

¡Por fin puedo decir eso de “mi

futuro marido” con todas las de la ley!

Querido diario,

La empresa no sale adelante y creo que Mitch y Robert no están siendo responsables ni son conscientes de ello. Voy a empezar a buscar trabajo de lo que sea, necesitamos el dinero. Desde que Karen le dejó, Mitch no ha vuelto a ser el mismo ni conmigo, ni con Robert. Creo que nos odia porque somos felices, porque vamos a casarnos y entre nosotros todo funciona.

Espero que la situación se resuelva

pronto...

## Febrero

Querido diario,

Sé que casi no escribo, pero hoy necesitaba hacerlo. Estoy en uno de esos días en los que no soy capaz de canalizar mi felicidad y solo tengo ganas de llorar de alegría...

Después de una cena italiana al más puro estilo “La dama y el vagabundo” me ha llevado hasta el mirador para darme la buena nueva: ¡me han dado el trabajo en la revista!

Han debido de llamar a casa mientras estaba fuera... ¡No puedo ser más feliz!

Se detuvo en aquella página, deshecha. ¿Dónde estaban todos esos recuerdos? Algo en su interior se había desgarrado y no podía dejar de llorar. ¿Por qué le estaba ocurriendo aquello a ella? Sentía que era realmente injusto.

Se esforzó por evocar cada instante relatado en aquellas páginas sin resultado. ¿Quién era Karen?, ¿quién era Mitch?, ¿dónde estaba aquel piso que se habían dedicado

a pintar? ¿Por qué si había amado tanto a aquel hombre, no era capaz de recordarle? ¿Realmente, después de leer aquellas palabras, podía llegar a pensar que Robert le había sido infiel en un pasado?

Le había visto cada día luchar por ella, esperarla en la puerta horas y más horas solo para poder cruzar una mirada. Procuró controlar su respiración y continuó leyendo.

## Abril

Querido diario,

A mamá casi le da un ataque al corazón cuando le he dicho que la

celebración de la boda se hará en el Humble Grape... Es cierto que no es el lugar más elegante, pero es “nuestro lugar”. Desde que nos hemos mudado a esta zona, se ha convertido en nuestro “nidito de amor” y ha sido testigo de nuestras caricias. Además, Annie parece encantada, será la primera boda que se celebra en su recinto y ya está volviéndose loca con los preparativos. La gente ha comenzado a creer que es ella la que se casa.

Creo que todo saldrá estupendamente, pero no puedo

evitar comenzar a sentirme nerviosa... Además, Anna y yo llevamos un tiempo distanciadas y parece no estar muy contenta con la organización de los preparativos. Creo que no quiere participar y eso me irrita.

¿Si no me ayuda, qué esperará que haga yo el día que ella decida casarse?

No podía leer más, aquello era demasiado. La boda, su hermana... Aquellas últimas palabras que demostraban que Anna y ella habían sufrido periodos más distantes

significaban que, quizás, después de todo, Robert y ella habían sido muy felices en el pasado y lo que había leído tenía tanto significado como lo que ponía ahí sobre su hermana. Nada. Seguramente, habían sido mucho más felices de lo que ella era capaz de imaginar.

Anna abrió la puerta de casa y cogió las bolsas del supermercado con esfuerzo. La vuelta al trabajo había sido dura y después del largo día que había pasado necesitaba un poco de relajación y distracción. Se preguntó cómo habría pasado el día



su hermana y meditó sobre la mejor manera de contarle que la tarde del próximo día había invitado a Tommy y a Mathew a merendar en casa. En realidad, no tenía nada de malo... había encontrado la tarjeta con su número en el coche tirada y había pensado que era una buena idea...

— ¿Tía Sarah?

Escuchó la voz de su hija — dudosa, entristecida, cohibida, asustada — y supo que algo malo estaba ocurriendo.

Soltó las bolsas de la compra, creando un estruendo, y corrió hasta

el umbral de la cocina. Sarah estaba sentada en la mesa, con la cabeza hundida entre los brazos mientras su cuerpo se agitaba en pequeñas sacudidas.

— Sarah... — murmuró, mientras se acercaba hasta ella y la abrazaba.

Observó a Margot que continuaba inmóvil examinando la escena, impactada.

— Cariño, ve arriba a jugar con los juguetes, ¿vale?

Margot no se movió.

— ¿La tita Sarah está bien, mamá?

— Sí — respondió con rapidez — .  
Pero mamá y ella tienen que hablar  
un rato. Ve arriba a jugar con los  
juguetes, ¿vale?

Margot se lo pensó, pero al final  
terminó asintiendo con la cabeza  
antes de salir corriendo a su  
habitación.

Sarah lloraba tanto que no era  
capaz de pronunciar ni una sola  
palabra. Anna inspeccionó  
superficialmente el diario y  
comprendió perfectamente lo que le  
ocurría.

Aquel día, Sarah no fue capaz de  
dejar de llorar ni un solo instante y

Anna pensó que, si la situación de su hermana no daba un giro, terminaría sumida en una depresión muchísimo peor que la que había sufrido tiempo atrás.

# Capítulo 16

El día siguiente, cuando Sarah abandonó la consulta de su psicólogo, sintió que volvía a tener la fuerza necesaria para enfrentarse a la vida. Sabía que aquella falsa sensación de seguridad que notaba en su interior era pasajera e iba y venía constantemente, pero aún así, los pequeños instantes que estaba presente, se sentía fuerte y viva.

Cuando llegó a casa, se sorprendió

al encontrar a Mathew y a Anna en el jardín, jugando con los dos pequeños. Supo en aquel instante, mientras les observaba, que ambos sentían algo más que amistad el uno por el otro.

Los días fueron repitiéndose con total normalidad y rutina; despertarse sola, pasar la mañana sola, comer con su hermana y Margot, marcharse al psicólogo y encontrar a Mathew y a Tommy allí al regresar. Algunos días, cuando volvía, encontraba a Anna y a Margot a punto de salir de casa y la proponían ir al centro comercial

“con los chicos”. Si no era al centro comercial, era a la heladería y si no a jugar al parque.

Sarah sabía que debía dejarle su espacio, que su hermana ya estaba haciendo suficiente por ella y que no podía impedirle continuar con su vida.

— ¡Id vosotras! — decía, fingiendo la mejor de sus sonrisas.

Una semana después, decidió que había llegado el momento de comenzar a buscar empleo. Robert, que había desaparecido completamente y mantenía su promesa de dejarla su espacio, le

mandaba el suficiente dinero para subsistir y pagar las consultas del doctor Clarkson. Aún así, no podía aprovecharse de su bonanza, no después de todo el daño que era evidente que le estaba causando.

Tardó más de un mes en encontrar trabajo como recepcionista en el parque de bomberos local. En aquel lugar la mayoría de los puestos que había era de gente que trabajaba de manera voluntaria y sin cobrar nada a cambio. Aún con todas, dos de los bomberos eran contratados de manera fija y la recepcionista de llamadas de emergencia, una tal



señora Battle, también. Sarah tuvo la suerte de su parte aquel día, en el que se acercó a dejar su currículo y la mujer le explicó que buscaba sustituta porque le había llegado la hora de jubilarse.

Dos meses después, se mudaba a un pequeño apartamento en las afueras del pueblo y comenzaba una nueva vida. Hacía tiempo que había conocido a sus padres y a Alex, pero seguía siendo Anna la persona con la que más unión y conexión había encontrado. Los fines de semana, cuando salía del trabajo —trabajaba a turnos y dependía

siempre de las urgencias y del temporal — se acercaba hasta la casa de Anna y pasaba la tarde jugando con Margot.

Aunque había mejorado muchísimo, su miedo a subirse a un vehículo con temporal no había menguado ni mejorado y había decidido prescindir del coche y continuar haciendo uso del tan ecológico transporte público. Tampoco había recuperado sus recuerdos, ni uno solo. Y aunque había leído aquel diario un centenar de veces, seguía sin encontrar las fuerzas para dirigirse a Robert. No podía verlo

como su marido, aunque tampoco quería divorciarse de él... Simplemente, esperaba que su cabeza volviese a recordar todos aquellos instantes y que llegase un día en el que podría aparecer en su puerta y decirle que le quería, que le había echado de menos y que no deseaba nada tanto como recuperar su anterior vida.

El dieciocho de agosto, Sarah supo que aquel instante jamás regresaría y que todo lo que en un pasado la había unido aquel hombre, desaparecería.

Aquella mañana, después de salir

del trabajo, se dirigió hacia la casa de su hermana en bicicleta. Había sido su última adquisición y agradecía el poder desplazarse a los sitios con mayor rapidez e independencia. Por mucho que se hubiese acostumbrado al autobús, sabía que la ridiculez de tener que esperarlo cuarenta minutos cada vez que llegaba a la parada le restaba demasiadas horas de vida. Cuando llegó, Margot jugaba en el jardín, con la puerta de casa abierta en par en par y un vaso de limonada en el porche, al cobijo de la sombra que proporcionaba el nuevo toldo que había colocado su hermana.

— ¡Tita Sarah! — gritó, nada más verla, mientras corría hacia sus brazos.

Sarah le devolvió un fugaz beso en la mejilla, sin muchos ánimos.

Aunque no podía negar que aquella situación la había provocado y buscado ella, algo en su interior le gritaba a voces que estaba cometiendo un error. Aún así, se apartó el cabello del rostro y entró con la mejor de sus sonrisas hasta la cocina, acalorada aún por la carrera que se había pegado pedaleando desde el parque de bomberos.

Allí estaban, Anna y Robert, con todos los papeles esparcidos sobre la mesa. Sarah observó al hombre que tenía delante sin poder reconocerle... Había cambiado muchísimo desde la última vez que se vieron. Había engordado varios kilos, pero no de mala manera, si no todo lo contrario. Como iba vestido con una camiseta de manga corta, Sarah observó unos fornidos y musculosos brazos que no recordaba haberle visto en el pasado. También parecía más..., ¿sano?, ¿feliz? Intuía que la separación le había sentado bien. Demasiado bien.

Se sentó en la mesa con el ceño fruncido. Quería sonreír, fingir que aquello era lo que más deseaba; pero no podía. Su rostro, sus sentimientos, la delataban. Le temblaban las manos y no era capaz de alzar la mirada hacia él.

— ¿Quieres limonada, Sarah?  
— preguntó Anna, mientras se levantaba de la mesa — . También tengo té helado con limón.

El ambiente se notaba tenso.

Ella negó con la cabeza y sus ojos chocaron con los de él. Robert torció una mueca de dolor y sonrió de la mejor forma que fue capaz.

¿Cómo podía estar tan bella? La examinó de hito a hito, sorprendiéndose de lo atlética que parecía. La había visto llegar en bicicleta y se había quedado anonadado; ¿su Sarah en bicicleta? Entonces comprendió que ya no era ella; había dejado de ser su Sarah. Suspiró sin poder remediarlo, mientras bajaba la vista hacia su short vaquero y sus piernas bronceadas. No, no podía volver a caer. No podía volver a dejarse llevar..., la había perdido. Tenía que ser consciente y continuar con su vida como lo había estado haciendo.



Con el tiempo, Robert había comprendido que cuanto más ocupado se mantenía, menos le costaba sobrellevar la ausencia de Sarah. Desde hacía varios meses su vida se había resumido a trabajar, llevar la empresa, ir al gimnasio, salir a correr, regresar a casa, comer, dormir y volver a empezar el día. Mantener la mente ocupada, no dejar lugar entre horas para evocar su imagen ni su recuerdo.

— Bueno, quería ahorrarte el trago y he revisado los papeles — explicó Anna, hablándole con lentitud —. Creo que están en

orden. No será necesario realizar la transacción ante un notario, porque simplemente le cedes tu mitad a él. Dado que aún sois marido y mujer...

— ¿Dónde hay que firmar?

— preguntó, deseando acabar en aquel instante.

Sí, aún quedaba hablar la parte del divorcio. Aunque, en realidad, ¿qué más tenían que decirse o hacer?

Sarah firmó el papel con la mano temblorosa en el hueco que su hermana le estaba señalando. Notaba la mirada de Robert clavada en ella de una manera que

casi le resultaba dolorosa.

Se levantó de la silla y se dio cuenta de que se sentía mareada. Quería salir de allí, olvidar todo, pero aquella maldita voz de su interior no dejaba de repetirle que estaba cometiendo un error que jamás podría solucionar.

— Tengo que marcharme..., tengo prisa — musitó, mientras salía de la cocina sin mirar atrás y sin decir adiós.

¿Por qué le costaba tanto? ¿Por qué era tan difícil?

Escuchó el suspiro de Anna tras ella y aceleró el paso. Cuando salió

al jardín y la brisa veraniega acarició su rostro, sintió que todas sus preocupaciones desaparecían y que la vida regresaba a la normalidad.

— ¡Margot, me marchó! — gritó, mientras bajaba las escaleras del porche.

La niña, que parecía muy concentrada en coger con un palo los gusanos de la tierra, saludó con la mano que tenía libre desde la lejanía sin prestar excesiva atención a su tía.

Se subió a la bicicleta y notó las manos sudorosas. Las piernas aún

le temblaban y por alguna razón, comenzaba a costarle respirar con normalidad. El doctor Clarkson había catalogado aquellos síntomas como repentinos ataques de ansiedad.

— ¡Sarah, espera!

Ella se giró, aunque había reconocido su voz.

Robert bajaba las escaleras del porche de su cuñada, apresurado. ¿Ahora qué?, se preguntaba mientras colocaba el manillar en posición y se preparaba para pedalear.

— ¿Qué ocurre? — preguntó,

irritada.

¿Por qué le dolía tanto? ¿Por qué sentía aquella sensación? Sintió las ganas de llorar apoderándose poco a poco de su interior y fue consciente de que, si no abandonaba aquel lugar en los próximos segundos, terminaría derrumbándose allí mismo, delante de él.

Robert sujetó el manillar con la mano derecha, impidiéndole iniciar la marcha.

— El divorcio... ¿Aún lo quieres, verdad?

Ella se quedó blanca, muda,

inmóvil.

Observó una sonrisa florecer en el rostro de Robert.

— No te preocupes — dijo, sin borrar la tierna sonrisa —, solo estaba bromeando. Te lo enviaré a casa y no tendrás que verme si así lo deseas.

De nuevo, se hizo el silencio.

Robert, en su interior, había comenzado a rezar. ¿Aquella iba a ser la última vez que la observase? ¿Aquella iba a ser la última vez que vería sus ojos azul celestes? ¿No volvería a tocarla, a sentirla, a contemplar el color de su cabello

aclarándose con los rayos de sol veraniegos y volviendo a oscurecerse llegado el invierno?

No fue capaz de responderle, simplemente asintió con una mueca y fingió una sonrisa de indiferencia, mientras notaba cómo todos sus sentimientos se desgarraban. Sabía que no estaba siendo lógica y que aquello era lo mejor que podía hacerse a sí misma. Incluso había sido el consejo del doctor Clarkson.

Robert tampoco dijo nada más, pero continuó con la mano sujeta al manillar, intentando aferrarse a



aquel instante, negándose a abandonarlo; a abandonarla a ella.

— ¿Te lo envió a casa de Anna?

— volvió a preguntar.

A Sarah le había parecido que lo había dicho con un hilillo de voz. Como cuando los niños quieren fingir que no tienen una rabieta o cuando se calman después de pasar la noche llorando por una pesadilla.

Ella volvió a asentir con la cabeza y él retiró la mano del manillar de la bicicleta, sabiendo que, después de todo, aquel iba a ser el último instante en el que la vería.

El último recuerdo que tendría de

su Sarah.

# Epílogo

Hacía dos años que había firmado el divorcio, pero aún seguía soñando con él y con la noche que habían pasado juntos en el mirador. Por alguna extraña razón, a pesar de que su mente había eliminado todo lo que había almacenado a lo largo de su vida, a él no conseguía borrarlo del todo. A él no podía olvidarlo.

Aquel dieciocho de agosto había

sido la última vez que lo había visto; su último recuerdo de Robert. Y desde aquel instante había estado tentada de volver a llamarle un centenar de veces, de volver a su lado y pedirle que la perdonase y que le concediese una última oportunidad. Pero cuando alzaba el teléfono, preparada para marcar el botón de la llamada, comprendía que no era sano. Que no era justo para él ni para ella.

La vida se había vuelto rutinaria, aunque bastante aceptable. Continuaba realizando el trayecto de su casa al parque de bomberos

en bicicleta, aunque ésta había sido sustituida con una nueva de última generación que contaba con la ayuda y el impulso de un pequeño motor eléctrico. Su apartamento también había sido sustituido por un piso bastante más moderno que, incluso, ¡tenía lavavajillas!

También había terminando afiliándose al programa de préstamo de libros de la biblioteca municipal, había hecho nuevas amigas y había comenzado a tener citas con algunos hombres. Ninguno de ellos le duraba más que una cena o un paseo, pero Sarah, aún así, continuaba obligándose a rehacer

su vida por orden del doctor Clarkson.

— Menuda está cayendo, ¿eh?

Charlie se había sentado junto a ella en el mostrador y observaba el exterior desde la ventana del habitáculo. Charlie Smith era el nuevo voluntario del parque de bomberos y el más joven de todo el cuerpo. El pobre muchacho no tenía más que diecisiete años, pero según él “necesitaba sentirse útil de alguna manera”. Sus pobres padres, cada vez que escuchaban cualquier alarma de emergencia, se colgaban al teléfono y ocupaban la línea

durante horas, suplicándole a Sarah que no cortase hasta que su hijo no regresara a la central sano y salvo.

— Taylor me ha dicho que nos acercará él a casa al final del turno — le contó, mientras comenzaba a trocear un pedacito de papel, aburrido.

Sarah suspiró.

— Menos mal, imagínate esperar el autobús con este temporal...

Cuando Sarah se marchaba, las llamadas se redirigían al número nacional de emergencias. Uno de los dos bomberos fijos de la plantilla siempre hacía guardia,

pero aún así, en aquellos casos en el que el personal y los voluntarios escatimaban, el poblado más próximo mandaba sus vehículos y su equipo de emergencias.

En días como aquel, los chicos se ocupaban de sus quehaceres en la planta de arriba y Sarah se sumergía en un buen libro mientras veía cómo pasaban las horas. De vez en cuando, Charlie o Taylor bajaban a hacerla compañía durante un rato, y ella siempre se lo agradecía a los dos.

Faltaban diez minutos para que el turno alcanzase final cuando el



teléfono comenzó a resonar formando un eco.

— ¡Emergencias! — respondió Sarah con rapidez.

Escuchó la respiración agitada de una mujer, pero no hubo respuesta.

— Señora, está usted llamando a una línea de emergencias, ¿se encuentra bien?

Entonces reaccionó.

— Sí, sí. Discúlpeme, soy Annie Wilson. Le llamo desde Humble Grape... Un camión cisterna acaba de volcar en la carretera que hay frente a nuestro local y...

Sarah alzó la vista. Los chicos se habían aglomerado a su alrededor, expectantes y ansiosos porque cortase la llamada y les contase lo sucedido. Ella comenzó a anotar los datos referentes mientras la mujer continuaba explicando lo sucedido.

— Perdone, Annie, ¿me ha dicho que llama desde el Humble Grape?

¿De qué le sonaba tanto aquel nombre?

— Sí, sí... Así es.

Sarah estaba a punto de preguntarle dónde se encontraba aquel lugar, pero Charlie lo reconoció y saltó en voz alta, asustado.

— ¡Por dios! ¿Es la señora Wilson?  
¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

Taylor colocó la mano sobre su hombro, calmándole.

— Bueno, creo que no hay nadie herido... Pero la cisterna parece tener una fuga y además ocupa el ancho entero de la carretera, de manera que impide la circulación del resto de los vehículos...

— Enseguida mandaremos un equipo, mantengan la calma hasta que el cuerpo de bomberos acuda al lugar.

Colgó el auricular y alzó la mirada hacia ellos.

— Accidente de un camión cisterna frente al Humble Grape, con posible fuga en la cisterna y con retención de tráfico. Sin heridos.

Sin que Sarah dijera nada más, todos los presentes se dispersaron, apresurados, para colocarse el traje y salir corriendo hacia la unidad. Ella se quedó unos instantes, pensativa, mientras aquel nombre surcaba una y otra vez su mente: Humble Grape... ¿De qué le sonaba tanto?

Charlie apareció en el umbral de la puerta con el uniforme puesto y el casco en la mano.

— Si llaman mis padres, cuélgales el teléfono — le pidió con una sonrisa —, tu turno ya ha terminado.

Él se despidió con un gesto de cabeza y se giró para marcharse.

— ¡Charlie! — le detuvo Sarah — .  
¿Puedo ir con vosotros?

Frunció el ceño, extrañado, antes de responder.

— Pregúntale a Taylor.

Taylor también se extrañó al escuchar aquella pregunta, pero no fue capaz de decirle que no. En vez de eso, le lanzó un chaleco

reflectante y le pidió que se mantuviera al margen mientras llevaban a cabo la operación. Ella asintió y se subió en el coche de emergencia que seguía al camión de manguera, junto a Charlie y a Jake. Dada la aglomeración de vehículos y la caravana que se había formado desde ambas direcciones, tardaron casi una hora en llegar hasta el camión. Taylor, Charlie y Connor salieron corriendo para llegar al lugar del accidente y valorar los riesgos mientras ellos continuaban, poco a poco, avanzando entre los turismos que iban dejando paso colocándose en el arcén de la

carretera.

Efectivamente, el camión cisterna había volcado y tenía una fuga considerable. El conductor se encontraba en buen estado, aunque había recibido un golpe bastante feo contra el volante y tenía una pequeña brecha amoratada justo sobre la ceja derecha.

— Entra dentro y dale las gracias a Annie por la llamada — le pidió Taylor, mientras tapaban la fuga y colocaban arena sobre el líquido que se había derramado en la carretera.

Por primera vez, Sarah fue

consciente del estrés que soportaban los chicos en cada salida. Allí, en mitad de la nada, con todos los vehículos tocando el claxon y todos los civiles preguntándoles cuánto tardaría la situación en resolverse, se sintió saturada.

Mientras observaba, impresionada, el Humble Grape, Sarah fue consciente de que llovía. Mejor dicho, diluviaba.

Y había sido capaz de ir en coche hasta allí.

No sabía cuántos minutos llevaba



plantada en el arcén de la carretera, inmóvil, con sus ojos clavados a los de él. Pero sí sabía una cosa; había sido capaz de recordar. Tampoco fue consciente de que las lágrimas habían comenzado a deslizarse por su rostro sin control ni de lo aliviada y feliz que se sentía al ser capaz de evocar todos los instantes que había vivido años atrás en aquel preciso lugar.

Él tampoco parecía ser consciente del tiempo que llevaba allí, pasmado, ni de que había comenzado a llorar y que Annie le contemplaba con el rostro enmudecido sin entender qué era lo

que le sucedía.

— ¡Sarah! ¡Sarah!

Taylor la estaba zarandeando del brazo.

Ella se giró con el rostro empapado y los ojos enrojecidos.

— ¿Pero qué ocurre, Sarah?

Negó con la cabeza y regresó la mirada al cristal del local, impaciente.

Era tarde, sus ojos ya no estaban; él ya no estaba allí.

Pensó que, después de todo, se lo había imaginado y que todo había sido fruto de su mente, hasta que

apareció frente a ella.

— Pensé que jamás volvería a verte...

— ¿Qué haces aquí? — preguntó, deshecha en lágrimas, mientras el instante en el que pronunciaba las palabras “sí, quiero” en aquel lugar regresaba a su memoria.

En el instante en el que la vio, Robert lo supo. Sabía que algo en ella era diferente, que algo había cambiado en su manera de mirarle.

— Esperarte, como cada viernes a las ocho. Siempre esperarte.

Ella se lanzó a sus brazos sin poder

contenerse, mientras evocaba aquellos largos viernes en los que la discusión por su tardanza había estado a la orden del día. Él la apretó con fuerza contra su pecho, respirando su aroma y sintiéndose en casa por primera vez desde hacía muchísimo.

— Lo siento... — murmuró en el mismo instante en el que Robert alzaba su cabeza para poder observarla.

Él no respondió.

Simplemente aún no podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿Realmente era cierto?

Procuró controlarse y guardar silencio, procesando todos los sucesos que estaban teniendo lugar en un efímero instante. Pero su felicidad liberó la pregunta sin permiso de nadie:

— ¿Quieres volver a casarte conmigo?

Y su Sarah de siempre le respondió con un largo beso que significaba una vida y un para siempre.

**FIN**

# **SOBRE EL AUTOR**

Christian Martins es un autor español que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar.

Se considera un chico trabajador y social al que, entre otras cosas, le encanta la gastronomía y viajar.

En febrero del 2017 publicó su

primera novela “Seré solo para ti”, a la que siguió “Solo tuya”. Dando por terminada la bilogía de Lorenzo y Victoria.

“Besos de Carmín” fue su tercera obra literaria (volumen independiente), publicada en el mes de abril.

“Mi último recuerdo” es su cuarta obra, que ve la luz en mayo del 2017.

Ahora mismo se encuentra trabajando en su quinto proyecto, que espera poder presentar al público en el mes de junio.



# **OBRAS DEL AUTOR**

## **Seré solo para ti (Febrero 2017)**

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en

enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»

### **Solo tuya (Abril 2017)**

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y

aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder

al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

## **Besos de Carmín (Abril 2017)**

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel.

Sin quererlo, terminará

perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer.

¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella?

«Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»